



Gaspar Melchor de Jovellanos

## **La muerte de Munuza (Pelayo)**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Gaspar Melchor de Jovellanos**

## **La muerte de Munuza (Pelayo)**

[Nota preliminar: Edición digital a partir de Munuza. Tragedia en cinco actos, s.l., s.a. (Madrid, 1792) y cotejada con las ediciones críticas de José Miguel Caso González en OO.CC., I, Gijón, CES XVIII, Ayto. de Gijón, 1984, pp. 351-466 y de John H. R. Polt en Poesía. Teatro. Prosa literaria, Madrid, Taurus, 1993, pp. 134-222.]

Recomendamos especialmente la consulta de la primera edición, cuyo aparato crítico es fundamental para la correcta apreciación de la obra. Asimismo, José M. Caso incluye un documentado y detallado análisis de las variantes de un texto con dos versiones.

Nuestra edición asume los criterios de José M. Caso y sólo aportamos algunas variantes con respecto a su edición que modifican algunos versos por motivos de ortografía y actualización ortográfica.]

### PERSONAJES

MUNUZA, Gobernador de Gijón.

PELAYO, Duque de Cantabria.

HORMESINDA, hermana de Pelayo.

ROGUNDO, señor principal de Gijón.

SUERO, amigo de Pelayo.

ACMETH-ZADÉ, jefe de la guardia del Gobernador.

KERIM, oficial moro.

INGUNDA, confidenta de Hormesinda.

Guardias de Munuza.

Ciudadanos de Gijón.

El teatro representará una parte del palacio del Gobernador, en cuyo atrio se supone la escena; otra, un resto de la ciudad de Gijón, y en él un fuerte que domine la marina, que deberá descubrirse en el fondo de la escena.

Acto I

Escena I

ROGUNDO, SUERO.

ROGUNDO No culpes mis temores, noble Suero;  
siempre la desconfianza y los cuidados  
habitan en los pechos infelices;  
mas ya nada recelo.

SUERO Don Pelayo  
conoce mi lealtad. Señor, la carta 5  
que os traigo desde Córdoba probaros  
debe su confianza y mi obediencia.  
¡Si supierais, Rogundo, cuán turbado  
queda su corazón! Apenas puso  
vuestras últimas cartas en su mano 10  
el fiel Egila, cuando a su presencia  
me hizo llamar. Me dijo: «Suero amado,  
parte al punto a Gijón; dile a Rogundo  
que queda mi amistad acelerando  
la conclusión de todos los negocios 15  
para volver a Asturias; que entretanto  
resista las ideas de Munuza,  
y en fin, que si recela algún osado  
intento de su parte, que efectúe  
sin mi presencia el prometido lazo 20  
con mi hermana Hormesinda.» Con sus cartas  
tomé al punto el camino; pero en vano  
os lo repito: siempre receloso  
dudáis de mi lealtad.

ROGUNDO En los quebrantos  
que padece la patria, noble Suero, 25  
debemos recelar de todo cuanto  
se pone a nuestra vista. De Munuza  
la política diestra ha granjeado  
algunos corazones con astucias;  
sólo los que se humillan a su mando 30  
logran su confianza; los leales  
viven entre cadenas. Sin embargo,  
yo fío en tu lealtad. Nadie nos oye.  
(Mirando a todas partes.)  
Munuza va a oprimirnos. Si Pelayo  
tarda en volver a Asturias, lloraremos 35  
por su honor y su vida.

SUERO ¡Oh Dios sagrado!  
Pues, ¿qué puede intentar?

## ROGUNDO

Óyeme atento.

Aquel día terrible y tan infausto  
para la triste España, en que Rodrigo  
rindió al furor del bárbaro africano 40  
nuestra gloria, su vida y su corona;  
aquel día sangriento en que los llanos  
de Jerez se sintieron oprimidos  
de cadáveres godos, cuyos brazos  
debilitó la cólera del cielo; 45  
aquel día infeliz en que aumentando  
con la sangre española sus corrientes  
vio el turbio Guadalete revolcados  
en su cieno los míseros despojos  
del mejor trono y más ilustre campo; 50  
aquel día, por fin, tan lamentable  
que fue la época triste del estrago  
en que yace la patria; desde entonces  
las armas sarracenas inundaron  
todas nuestras provincias; no hubo plaza 55  
que no viese en su alcázar tremolados  
los pendones alarbes, y aun nosotros,  
que al septentrión de España retirados  
y al abrigo de rocas y montañas  
opusimos los pechos asturianos 60  
por última defensa a sus violencias,  
nos vimos oprimir de los contrarios  
y sufrimos el peso de su yugo;  
el robo, el sacrilegio, el desacato  
y la profanación fueron resultas 65  
del triunfo de los bárbaros; quemados  
los templos, insultadas las matronas  
y violadas las vírgenes, lloraron  
las tristes consecuencias de aquel día  
¡Día infeliz, con sangre señalado 70  
en los fastos de España, tu recuerdo  
triste origen será de eterno llanto!  
Hecho el moro señor de toda España,  
pensó en otras conquistas, y aspirando  
soberbio a dominar el universo, 75  
pasó los Pirineos; hoy los francos  
sienten toda la furia de sus golpes.  
Mientras ellos formaban temerarios  
tan altivos proyectos, esta plaza,  
que siempre fue de su ambición el blanco, 80  
quedó sujeta al desleal Munuza  
y una porción escasa de africanos  
que la guarnecen. Todos por entonces

vivíamos tranquilos, esperando  
de nuestra libertad el oportuno 85  
y dichoso momento. ¡Ah, cuán errados  
caminan en su juicio los mortales!  
Tú sabes bien que apenas respiramos  
lejos del vencedor, y que Munuza,  
que gobierna a Gijón, tomó a su cargo 90  
el agravarnos tan pesado yugo.  
¿Cuándo, oh ciega ambición de los humanos,  
triunfará la virtud de tus esfuerzos?  
Podrás creerlo: este cruel sectario  
del común opresor, duro instrumento 95  
del impío furor del africano,  
traidor a España, a la virtud y al cielo,  
quiere elevar un trono soberano  
sobre las tristes ruinas de su patria.  
De este intento murmuran ya los cabos 100  
moriscos sin embozo; pero él, diestro,  
los sabe deslumbrar. ¡Ah!, si entretanto  
no abrigase en su pecho otras ideas,  
fuera menos temible; pero osado  
su corazón aspira a mayor dicha. 105  
No lo dudes, amigo: este tirano  
triunfa, conspira y quiere sobre todo  
enlazarse a la sangre de Pelayo.  
SUERO ¿Qué me dices?

ROGUNDO Sí, amigo, de su hermana  
a cualquier precio logrará la mano. 110  
Apenas de Gijón salió el Infante,  
empezó con obsequios reiterados  
a tentar la constancia de Hormesinda.  
Político y amante, le observamos  
emplear, por vencerla, hasta el suspiro; 115  
pero viendo después que sus cuidados  
se hacían importunos, cauteloso  
los suspendió del todo, y entretanto  
nos da tal cual indicio de un proyecto  
que me llena de horror y sobresalto. 120  
¡Oh justo Dios! La sangre de los godos,  
que nuestros nobles pechos conservaron,  
el premio a mis lealtades ofrecido,  
vendrá a colmar las dichas de un tirano.  
SUERO Pero, señor, ¿podrá olvidar Munuza 125  
que esta princesa desde tiernos años  
está ofrecida a vos? ¿Que sólo faltan  
las santas ceremonias para que ambos  
os unáis en un lazo indisoluble?

Pues, ¿qué, vuestro valor, el de Pelayo, 130  
la promesa, el honor, la amistad santa  
y la fe esponsalicia...?

ROGUNDO Tan sagrados

vínculos no detienen a un impío.  
¿Y quién podrá hacer frente a sus conatos?  
Siguiendo una política perversa, 135  
este fiero opresor ha procurado  
separar los estorbos que pudieran  
oponerse a su furia. Soberano  
absoluto del fuerte y de las tropas,  
so color de inquietud aprisionados 140  
los más de nuestros nobles, detenido  
en Córdoba Pelayo, el gran Pelayo,  
que sería nuestra única esperanza,  
¿quién nos dará socorro? ¿Quién librarnos  
podrá de tanto riesgo? El mismo cielo, 145  
contra nuestros delitos irritado,  
nos entrega al furor de los infieles;  
y abandonando su piadoso brazo  
la nación otras veces protegida,  
aun esta esclavitud que toleramos 150  
es por ventura el miserable fruto  
de los excesos nuestros.

SUERO Y entretanto

¿será de nuestro aliento único empleo  
la débil queja? Nuestro enojo airado,  
¿aprobará el desprecio de las leyes? 155  
¿Podréis sufrir vos mismo que, violando  
los vínculos más santos, un perjuro  
os venga a arrebatar de entre los brazos,  
con mano infiel, la prometida esposa?  
¿Que el vil Munuza junte temerario 160  
a su sangre la sangre de los godos?  
Y este ilustre depósito fiado  
al valor asturiano, esta reliquia  
de la estirpe real, ¿será un temprano  
fruto de sus traiciones, mientras quietos, 165  
llenos los ojos de un cobarde llanto,  
miramos el mayor de nuestros males?  
¡Miserable de aquel que en el naufragio  
de nuestra gloria ceda a la tormenta!  
No, señor, aún nos resta el medio hidalgo 170  
de ofrecer nuestra vida por las leyes,  
los templos y el honor. Sepa Pelayo  
que el suyo, aunque esté ausente, en todo trance  
merece nuestro aprecio.

ROGUNDO ¡Honor sagrado!

¿Podrá ser nuestra sangre digno precio 175  
de su conservación? Suero, yo alabo  
tus consejos, y en ellos reconozco  
cuál es mi obligación. Pero ¿has pensado  
que yo soy tan cobarde que prefiera  
la ignominia a la muerte? No, corramos, 180  
entremos en palacio. Yo pretendo  
ponerme en la presencia del tirano  
a argüir su perfidia.

SUERO Todavía  
es temprano, Rogundo; más despacio  
las heroicas empresas se meditan; 185  
el ardor juvenil de vuestros años  
os puede ser fatal si la prudencia  
no le sirve de guía. Disfrazando  
Munuza sus ideas con el velo  
de una falsa amistad, ha procurado 190  
ocultarlas a todos, y no es justo  
que intempestivamente le arguyamos  
por un delito de que sólo es reo  
allá en su corazón. Al que es malvado  
sus mismos artificios le descubren, 195  
sus empeños le acusan. Si entretanto  
llegase a penetrar vuestros recelos,  
o si vuestro dolor fiais al labio,  
peligrará sin duda nuestra empresa,  
sabrás Munuza precaverse, y cuando 200  
corramos a echar mano del remedio,  
ya no podrá el remedio aprovecharnos:  
sólo ahora conviene el disimulo.  
Vivan nuestros temores sepultados  
en el fondo del pecho. En adelante 205  
Dios abrirá camino.

ROGUNDO Los cuidados  
que llenaban mi alma de amargura  
se templan con tus voces. Yo descanso  
en tu noble lealtad y tus consejos.  
Observemos, amigo, del malvado 210  
Munuza las oscuras intenciones,  
leamos sus ideas. Entretanto,  
yo voy a consolar a la princesa  
y a contarle tu arribo. De palacio  
debe salir Munuza, y no quisiera 215  
que viese en mi semblante mis cuidados.  
SUERO Idos, y no temáis. Yo aquí le espero  
para hablarle de parte de Pelayo,

y porque mi venida no le sea  
sospechosa... Ya llega... Retiraos. 220

## Escena II

MUNUZA, ACMETH, SUERO, GUARDIAS.

MUNUZA ¿Qué me dices, Acmeth?

ACMETH Señor, yo mismo  
le vi llegar... Pero si no me engaño,  
vedle allí... Aquel es Suero.

MUNUZA Te aseguro  
que su arribo me causa algún cuidado.  
(Acercándose.)

SUERO El duque de Cantabria, deseoso 225  
de que sepáis el favorable estado  
de sus ajustes con Tarif, me envía  
a vos...

MUNUZA Pues ¿cómo? ¿Adónde está Pelayo?

SUERO En Córdoba, señor, y su embajada  
se va ya a fenecer. 230

MUNUZA Pero, ¿ha pensado  
sin mi orden...?

SUERO Cuando haya concluido  
todas las comisiones de su encargo  
no deberá esperar orden alguna  
para volver a Asturias. Los cuidados  
de su casa, y el ruego de Hormesinda, 235  
claman por su regreso; sin embargo,  
no sé qué diferencias suscitadas  
por el jefe agareno le obligaron  
a detenerse en Córdoba.

MUNUZA Sí, aún debe  
permanecer allí por tiempo largo: 240  
los intereses suyos y los míos  
y el bien de este país, todo está en mano  
de Tarif; él le hará volver a Asturias  
lleno de su favor. Pero Pelayo,  
¿se halla en Córdoba bien? ¿De qué manera 245  
los moros andaluces le han tratado?

SUERO Bien conocen, señor, todos los moros  
el mérito del duque; pero cuando,  
a pesar de su sangre, sus virtudes  
y la opinión que le adquirió su brazo, 250  
quisieran escasearle los obsequios,



sólo en vuestra amistad funda el más alto  
derecho a sus aplausos y favores.  
Sin embargo, el amor que profesamos  
todos a sus virtudes, las continuas 255  
instancias de su hermana y el cuidado  
de repetiros nuevos testimonios  
de su amistad, pudieron algún tanto  
disgustarle de aquella residencia.  
También han concurrido sus vasallos 260  
a turbar su sosiego: de Vizcaya  
le avisan que la guerra en sus estados  
ha vuelto a renacer; que Eudón y Pedro,  
nobles de aquel país, conspiran ambos  
por lograr del ducado las insignias, 265  
y aunque los naturales a Pelayo  
se conservaban fieles, su presencia  
es allí indispensable mientras tanto  
que duran las facciones. Y ¿quién sabe,  
señor, si acaso tienen sus cuidados 270  
un origen más grave y más oculto?  
MUNUZA Es justa su inquietud, pero el tratado  
que ajusta con Tarif dentro de poco  
podrá suministrarle medios hartos  
de mejorar su casa y su fortuna. 275  
Con mi amistad y la del africano,  
deshecho de dos débiles rivales,  
gozará sin recelo unos estados  
que contra nuestro gusto no pudiera  
conservar mucho tiempo; otros más altos 280  
honores serán paga de su celo,  
yo puedo asegurarlo. Y entretanto  
no me olvido del vuestro. Cuidad mucho  
de merecer los premios que os preparo,  
y no los malogréis... Idos. 285

Escena III

MUNUZA, ACMETH.

MUNUZA Amigo,  
¿las noticias de Suero has escuchado?  
Conozco que la suerte favorece  
mis altivos proyectos; muy en vano  
querrá volver Pelayo a ser objeto  
del amor de estos fieros ciudadanos, 290

rebeldes siempre al agareno yugo;  
al eco de mi voz irán notando  
desde hoy quién es Munuza.

ACMETH Yo no creo,  
señor, que haya en Gijón quien temerario  
ose poner en duda vuestro esfuerzo. 295  
Vos sois aquí un monarca: todo el mando  
de tierra y mar tenéis en esta plaza;  
la guarnición, el fuerte, los soldados  
y las galeras, todo os obedece.  
Aun fuera de Gijón sólo un escaso 300  
número de rebeldes se resiste  
a daros la obediencia, y retirados  
a los ásperos montes allí logran  
un triste asilo en sus horribles antros;  
pero toda la costa se os humilla, 305  
y a vuestra voz rendido el asturiano  
ni aun se atreve a llorar su cautiverio.

MUNUZA ¿Y qué? Porque los miras humillados,  
¿te parece que puede su silencio  
sosegar mi inquietud? No, los vasallos 310  
que sojuzga el derecho de la guerra,  
a su primer gobierno aficionados,  
idolatan la sangre de los reyes  
que les daban la ley; siempre aspirando  
a recobrar el yugo primitivo, 315  
abrigan en su pecho los más falsos  
y pérfidos designios. Poco importa  
que afecten someterse voluntarios  
a una nueva coyunda; su obediencia  
siempre es hija de un ánimo forzado; 320  
el temor del castigo puede solo  
reprimir su furor, y en estos casos  
nunca ha sido prudente la blandura.

ACMETH Pero, señor, ¿por qué con tal cuidado  
alejáis de Gijón al de Cantabria? 325  
Yo me acuerdo de un tiempo en que Pelayo  
derramaba absoluto en vuestro nombre  
favores y mercedes, entretanto  
que vos, enamorado de Hormesinda,  
sufrid que os lo recuerde, erais esclavo 330  
de su tibio desdén y sus rigores.

MUNUZA Yo lo confieso, Acmeth, el dulce encanto  
de sus ojos, su noble compostura  
y otros mil atractivos soberanos  
que brillan en su rostro, a su belleza 335  
mi pecho y mi albedrío sujetaron.

Pero este mismo amor es el motivo  
que tiene ausente en Córdoba a su hermano.

ACMETH ¿El amor de Hormesinda?

MUNUZA Sí. No culpes,  
querido Acmeth, el fuego en que me abraso: 340  
yo la adoro. Yo sé que me aborrece;  
sé que espera Rogundo de su mano  
la dulce posesión. Pero, no obstante,  
a pesar de Rogundo y de Pelayo,  
de su mismo desdén y de mi gloria, 345  
pretendo ser su esposo.

ACMETH ¡Cielo santo!

¿Vos su esposo, señor?

MUNUZA Sí, estoy resuelto,

y antes que acabe el día, a mi palacio  
vendrá, donde le rinda humildes cultos  
este pueblo feroz. He decretado 350  
colocarla en mi lecho, ya lo dije;  
ved si debí apartarla de su hermano  
y aun librarme en Gijón de otros estorbos.

Vos estáis sorprendido, no lo extraño:  
la idea es peligrosa; mas supuesto 355  
que mi poder y el fuego en que me abraso  
exigen este enlace, no hay peligro  
que me pueda estorbar ejecutarlo.

Unido yo a la estirpe de los godos  
por el ilustre enlace de su mano, 360  
a pesar de Pelayo, vendrá un tiempo  
en que mi amor reúna los sagrados  
derechos de la sangre y de la guerra.

¡Ah!, si todas las ansias que consagro  
a esta amable princesa, si mis ruegos, 365  
mi eterna gratitud, mi humilde llanto  
ablandan su desdén, si yo consigo  
interesar el pecho que idolatro,

¡qué triunfo para mí tan halagüeño!

ACMETH Perdonadme, señor, si recelando 370

de esta pasión las tristes consecuencias,  
me atrevo a combatirla; el sobresalto  
que ha producido en mí vuestro discurso  
me tiene sin aliento... ¿Desde cuándo  
pudo un ilustre pecho endurecido 375  
debajo del arnés rendirse incauto  
a las leyes de amor? ¡Qué! ¿Sufriremos  
el rubor de mirar que los encantos

de una belleza humillen vuestro orgullo?  
¿Y veremos sentada a vuestro lado 380

a una mujer altiva que os desprecia?  
Vos os vais a perder, os lo declaro;  
este pueblo orgulloso, que idolatra  
la sangre de los godos, sin reparo  
se opondrá a vuestro intento, y aun los mismos 385  
que sin rumor vivieron despojados  
de hacienda y libertad, harán furiosos  
las últimas violencias y atentados  
por conservar su honor. Estos insultos  
fomentará Rogundo, a quien la mano 390  
de Hormesinda robáis. Pero vos mismo,  
¿despreciaréis las iras de Pelayo?  
Y cuando su amistad no os interese,  
¿no temeréis su odio? Venerado  
por los nobles de Asturias como un resto 395  
de la sangre real, sólo en su brazo  
funda España su última esperanza.  
Nacido al pie del trono, los palacios  
de sus reyes le vieron en la cuna;  
nuestras mismas victorias irritaron 400  
su ánimo marcial; nuestras trincheras  
vieron crecer este héroe peleando  
al lado de Rodrigo, y su ardimiento  
no abandonó las armas hasta tanto  
que miró subyugados de su patria 405  
los últimos confines. Retirado  
a los montes de Asturias, tiene aliento  
de dejarse rogar y aun de negaros  
la mano de Hormesinda, y vos, no obstante,  
¿despreciáis su rencor? Señor, yo os amo, 410  
en vuestra gloria humilde me intereso;  
pero temo...

MUNUZA                      Ya lo he reflexionado;  
no receles, Acmeth, están tomadas  
las mejores medidas.

ACMETH                      Pero, ¿acaso  
los nobles de Gijón...? 415

MUNUZA                      Los más altivos  
gimen en el castillo aprisionados  
bajo algunos pretextos especiosos,  
y ya no temo el brío de su brazo,  
que oprimen y enflaquecen las cadenas.  
Mi cautela alejó de aquí a Pelayo, 420  
y el celo de Tarif sabrá burlarse  
de sus solicitudes, prolongando  
la conclusión de una embajada inútil.  
Si pretende Rogundo temerario

alegar la razón de sus derechos, 425  
¿no sabré yo oprimirlo y aplacarlo?  
Y cuando, en fin, todo este feroz pueblo  
osare resistirme, los soldados  
que lo guarnecen salvarán mi intento.  
La menor inquietud pondrá a mi lado 430  
los moros que se esparcen a la orilla  
del golfo de Cantabria. A congregarlos  
partió Kerim, que volverá muy presto.  
Nada me da temor. Si con halagos  
puedo vencer el pecho de Hormesinda, 435  
será feliz mi suerte; mas si tantos  
desvelos no la obligan, si no logro  
la posesión de su adorable mano,  
tiemble de mi furor España toda.  
Esto ha de ser, Acmeth. A este palacio 440  
debes tú conducirla de mi orden.  
Ve a decirla mi amor y mis cuidados,  
implora su piedad; mas, sobre todo,  
si no bastan el ruego y el engaño,  
usarás del poder y la violencia. 445  
Kerim llega. Ya es tiempo, retiraos.

#### Escena IV

MUNUZA, KERIM.

KERIM He corrido, señor, en vuestro nombre  
desde la triple ara, que el romano  
Apuleyo erigió en honor de Augusto,  
hasta el último puerto colocado 450  
sobre el inquieto océano de Asturias.  
Las tropas sarracenas que a su cargo  
tiene el fuerte Alahor en esta costa  
se van ya de su orden congregando  
y estarán prontas al primer aviso. 455  
Impacientes y altivos los soldados  
esperan alcanzar el honor alto  
de seguir vuestra orden.

MUNUZA Yo agradezco  
su celo y tu obediencia. Mientras tanto  
que tomo otras medidas, ve al castillo, 460  
repasa su custodia, y a palacio  
vuelve después a preparar la guardia;  
sobre todo, Kerim, sigue los pasos

de Rogundo y observa sus acciones.  
Acmeth de lo demás podrá informaros. 465

(Se va KERIM.)

Escena V

MUNUZA En fin, bella Hormesinda, estos desvelos,  
esta ardiente inquietud en que me abraso,  
me abrirán un camino para el trono.  
Yo aspiro a ser tu esposo, mas mi mano  
no osaría enlazarse con la tuya 470  
si no ganase un cetro. ¡Ah! si al halago  
de regirle se ablandan tus desdenes,  
dichosa la inquietud que te consagro.  
De Gijón los soberbios moradores  
te verán en mi corte y a mi lado, 475  
ceñida la diadema; en tu presencia  
doblarán la rodilla, y enlazados  
de nuevo los leones y las lunas,  
serán en mis insignias el espanto  
de los pechos rebeldes. Miserable 480  
del que a mi amor se oponga temerario.

Acto II

Escena I

HORMESINDA, INGUNDA.

(HORMESINDA se deja ver en el fondo del teatro. Con aire muy triste y doloroso se va acercando al frente de la escena, con mucha pausa. INGUNDA la sigue, demostrando también su sentimiento con algunos ademanes de compasión.)

HORMESINDA ¿Adónde estoy? ¿A qué mansión horrible  
me han conducido? Apenas los inciertos  
pasos puede formar el pie cobarde...  
Por todas partes el pavor y el miedo  
se ofrecen a mis ojos, donde envía 5  
la triste luz un resplandor funesto...  
Para este nuevo horror... ¡cruel destino!  
¿Me vuelves a la vida...? Yo preveo  
los más terribles y funestos males  
que me prepara un opresor violento, 10

y expuesta mi inocencia en este sitio  
por blanco a sus furores, dudo, temo  
y muero de dolor... ¡A qué funesta  
situación me reduces, oh hado adverso!  
¡Ay, hermano infeliz! ¡Ay, triste amante! 15  
El dolor que amenaza vuestros pechos  
redobla la amargura del que sufro.

INGUNDA Consolaos, señora, y de mi afecto  
oíd la voz.

HORMESINDA                    Ingunda, no interrumpas  
el curso de las lágrimas que vierto; 20  
combatida de angustias y temores,  
sólo hallará en el llanto algún consuelo  
mi triste corazón.

INGUNDA                    Pero, señora,  
no os dejéis oprimir del sentimiento.  
Yo miro enternecida vuestro llanto; 25  
vuestro dolor es justo, os lo confieso;  
pero antes de ceder a una congoja  
es forzoso pensar en su remedio.  
Una bárbara orden de Munuza  
os tiene en su palacio; sus intentos 30  
pueden conjeturarse; sin embargo,  
yo no creo, señora, que violento  
olvide en este día cuánto os debe  
a vos y a don Pelayo de respetos.  
Quizá pretende sólo... 35

HORMESINDA                    Calla, Ingunda,  
deja de atormentarme. El más violento  
insulto cometido en mi persona,  
¿no me hará recelar? Tus ojos vieron  
con qué extremos de furia y de violencia  
me condujo su guardia; ni mis ruegos 40  
humildes, ni mis lágrimas amargas  
pudieron reprimir el vil intento  
del inflexible Acmeth. Abandonada  
de mi familia, sola, sin consuelo  
y en un mortal desmayo sumergida, 45  
a este odioso palacio me trajeron  
los crueles ministros de su orden,  
y cuando vuelvo a recobrar mi aliento...  
¡Oh Dios! ¡Mira qué objetos se presentan  
a mis ojos! ¿Y qué, temer no debo 50  
que Munuza atropelle mi decoro?  
¡Ah!, después de este arrojó sus intentos  
quizá pronto... Pero ¡ay!, en esta angustia,  
¿quién me dará favor? Querido dueño,

tierno Rogundo, ¿Adónde está tu brío? 55  
Hormesinda peligra. Un rival fiero  
insulta su virtud, y tú, tranquilo,  
¿no corres a librarla? ¿Qué, el perverso  
osará despreciar a la que adoras?  
Pero ¡triste de mí! Quizá el afecto 60  
de Rogundo... ¿Quién sabe si dudoso  
ya no aspira a lograr un himeneo  
que ha de costarle riesgos y combates?  
No lo dudes, Ingunda: este silencio  
que reina en el palacio de Munuza 65  
convence mi desdicha; los extremos  
y furias de Rogundo deberían  
ser una prueba de sus ansias. Pero  
Rogundo ya no me ama y me abandona.  
INGUNDA ¿Y creeréis capaz de un sentimiento 70  
tan vil al corazón que por vos arde?  
¿Tan bajo proceder cabrá en su pecho?  
¿Haréis vos a su amor constante y puro  
agravio tan cruel? Si va a perderos,  
cuando os va a ver robada y ofendida, 75  
¿le añadiréis tan bárbaro tormento?  
Quizá Rogundo ignora esta desdicha;  
pero cuando penetre los proyectos  
de Munuza, tal vez demasiado  
pronto... ¡Ah, permita favorable el cielo 80  
que su amor no acelere vuestra ruina!  
En fin, si él olvidase sus derechos,  
¿creéis que los valientes asturianos  
no armarán su valor por defenderos?  
A pesar de las artes de Munuza, 85  
vos sabéis cuánto anhelan el momento  
de sacudir un yugo intolerable;  
el cielo está propicio a sus deseos;  
el arribo de Suero os asegura  
que vuestro hermano volverá muy luego; 90  
entonces su presencia...  
HORMESINDA ¡Ah, cuán en vano  
pretendes adular mi sentimiento!  
No da treguas el riesgo en que me hallo,  
y en la presente angustia ya no tengo  
quien me pueda librar de un brazo injusto. 95  
El vil perseguidor, astuto y diestro,  
supo ocupar en Córdoba a Pelayo,  
y ¿quién sabe si acaso con su acuerdo,  
cómplice en mi desdicha el jefe moro,  
detiene allá con frívolos pretextos 100



la vuelta de mi hermano? ¡Ah, de qué tramas  
no son capaces los aleves pechos!  
Pero en tanto yo pierdo vacilante  
un tiempo muy precioso. Amante tierno,  
¿tú me abandonarás? No. Corre, Ingunda, 105  
busca a Rogundo, dile... Pero, cielos,  
Munufa viene aquí... ¡Qué horror, amiga!  
Dile, dile que venga, o que yo muero.

## Escena II

MUNUZA, HORMESINDA, ACMETH, KERIM, INGUNDA.

MUNUZA (A KERIM) Kerim, haz que la guardia esté dispuesta  
para el primer aviso. (A ACMETH) Tú del pueblo 110  
observa los semblantes, y a Rogundo  
nunca pierdas de vista.

HORMESINDA    ¡Justo cielo!  
¿Habrá dolor que iguale al dolor mío?

## Escena III

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA.

MUNUZA Ya, señora, mi amor y mis deseos,  
llenos de la alta gloria de miraros 115  
en esta habitación, se han satisfecho;  
sin embargo, poseo esta fortuna  
a costa de un dolor: el blando ruego  
de Acmeth, que fue a llamaros de mi orden,  
hubiera sido inútil, si los cielos, 120  
privándoos de sentido, no se hubiesen  
declarado por mí en aquel momento.  
Sabén ellos las fieras inquietudes  
que este accidente conmovió en mi pecho.  
Ya, en fin, bella Hormesinda, vuestros ojos 125  
honran estas paredes, y ya os veo  
donde debéis mandar como señora;  
pero si acaso mi amoroso fuego  
no os encuentra piadosa, si ahora mismo  
mi tierno amor irrita vuestro ceño, 130  
mucho dolor se mezclará a mis glorias.  
HORMESINDA Tan afligida estoy, que apenas puedo

dar el preciso aliento a mis palabras.  
Vos habéis ultrajado mi respeto,  
y a pesar del honor y la decencia, 135  
por medio de un insulto el más horrendo,  
me hicisteis conducir a este palacio.  
Venís aquí a buscarme, y cuando espero  
que me deis la razón de esta violencia,  
sólo me habláis de amor. Pues ¿qué, mi pecho, 140  
después de una desgracia tan sensible,  
temerá otra mayor? Pero dejemos  
de recordar una pasión odiosa;  
mal podrá el corazón oír sus ecos,  
lleno de otras más graves inquietudes. 145  
Decidme, pues, señor, ¿qué grave exceso  
me hace ser hoy objeto miserable  
de vuestra tiranía? Cuando os veo  
pronto a olvidar mi estado y mis mayores,  
no sé si miro en vos un juez severo, 150  
que intenta condenarme, o un tirano  
entregado al furor de sus deseos.  
Pero nunca, señor, las santas leyes  
oprimen la inocencia, y yo sospecho  
que vuestro proceder... 155

MUNUZA                                      Señora, en vano

baldonáis un delito, que mi afecto  
debiera disculpar. El amor solo  
ha podido inspirarlo, os lo confieso.  
Pero cuando el ardor con que os adoro  
no sirva de disculpa, el desdén vuestro 160  
hará menor la ofensa. Apenas puse  
mis plantas en Gijón, y apenas vieron  
mis tristes ojos vuestro ingrato rostro,  
os rendí el corazón. Un cruel silencio  
retiró esta pasión de vuestro oído. 165  
Yo resistí su impulso, y conociendo  
que serían sin duda vuestras gracias  
del todo inaccesibles a mi ruego,  
solicité olvidaros. Por lograrlo  
se esforzó el corazón; pero, ¡ah, cuán cierto 170  
es que el amor arrastra el albedrío!  
La misma resistencia y el silencio  
atizaron el fuego de mi llama;  
su ardor me hizo traición, rompí el secreto,  
os declaré mi amor, y empleé en vano 175  
ternuras y suspiros por vencers:  
todo con vos fue inútil. Nada pudo  
ablandar el rigor de vuestro pecho;

siempre un frío desdén fue triste paga  
de mis ardientes ansias, y a mis ruegos, 180  
envueltos en el llanto y la ternura,  
siempre opusisteis un cruel desprecio.  
Por completar mis males, don Pelayo,  
que era cómplice acaso en vuestro ceño,  
ingrato a mi amistad y mis favores, 185  
pretendió destinaros a otro dueño.  
Tal vez el corazón más reverente  
sus límites señala al sufrimiento,  
y así, cansado el mío de un desaire  
injurioso a su ardor y su respeto, 190  
supo dictarme un medio que aquietase  
mi gloria y mi pasión a un mismo tiempo.  
HORMESINDA ¿Y qué? ¿Debió aquietarse vuestra gloria  
a costa de mi fama...? Ese vil medio  
ofende demasiado mi decoro 195  
y no pudo adoptarle vuestro ceño  
sin vulnerar mi honor y el de mi hermano.  
MUNUZA Vuestro hermano no ignora que mis ruegos  
fueron más de una vez desatendidos:  
su ingratitud produjo estos extremos. 200  
HORMESINDA ¿Y os parece bastante esa disculpa?  
Pues, ¿qué, debió Pelayo en menosprecio  
de una promesa santa lisonjearos  
con vanas esperanzas, cuando el fuero  
de los godos, la ley de las naciones, 205  
el cielo y la razón dan un derecho  
firme y sagrado al prometido esposo?  
Vos sabéis que Rogundo fue el primero  
que le arrancó la oferta de mi mano.  
Por eso mi desdén en ningún tiempo 210  
podrá justificar vuestra conducta;  
él era sólo un natural efecto  
del recato que siempre me inspiraron  
la virtud, el honor y el nacimiento.  
Vos lo hubierais notado, si miraseis 215  
mis rigores con ojos más serenos.  
Y ¿por qué presumís que yo, insensata,  
tratase solamente de ofenderos  
a vos, de cuya mano están pendientes  
el bien y el mal de este infelice pueblo...? 220  
El honor ha reglado mi conducta;  
yo respeto sus leyes, y os protesto  
que ellas solas me dictan estas voces.  
Pero, señor, vos mismo, que en el centro  
estáis de las grandezas y las dichas, 225

¿podréis desatenderlas...? No, no creo  
que en vuestro corazón quepa esta mancha;  
si al amor hasta aquí seguisteis ciego,  
seguid ya del honor, que por mí os habla,  
la religiosa voz, y obedeciendo 230  
a sus inspiraciones, alejadme  
de esta ingrata mansión, volvedme al seno  
de mis padres, y haced que una infelice  
pueda tranquila ver la luz del cielo.  
MUNUZA No, señora, ya es tarde. No es posible 235  
revocar una empresa, cuyo efecto  
debe ser mi quietud y vuestra gloria.  
Vencido el primer paso, ya no puedo  
volverme atrás. Un público desaire,  
cuando estoy a la frente del gobierno, 240  
tendría muy fatales consecuencias.  
Vuestro hermano y Rogundo verán luego  
que yo mando absoluto en este sitio,  
y que nadie...

#### Escena IV

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA, ACMETH.

ACMETH (Que entra con alguna aceleración) Señor...  
MUNUZA Acmeth, ¿qué es esto?  
ACMETH A pesar de una inútil resistencia, 245  
Rogundo...  
MUNUZA Acaba, di.  
ACMETH Se acerca.  
HORMESINDA ¡Cielos!  
Yo temo que se pierda.  
ACMETH Apenas supo  
que estaba aquí Hormesinda, cuando lleno  
de orgullo, quiso averiguar qué causa  
la tenía en palacio. En el momento 250  
se dirigió a este atrio. Vuestra guardia  
se le quiso oponer, pero su esfuerzo,  
penetrando las picas... Mas él llega.

#### Escena V

MUNUZA, HORMESINDA, ROGUNDO, ACMETH, INGUNDA.

ROGUNDO Yo venía, no sé si a pesar vuestro,  
señor, a dedicar a esta princesa 255  
mis humildes obsequios; pero advierto  
que me estorban el paso. ¿Desde cuándo  
le es a Rogundo ilícito el acceso  
hasta vuestra presencia?

MUNUZA Desde hoy mismo;  
y esta es la última vez que mi respeto 260  
sufrirá una pregunta tan osada.

ROGUNDO Los nobles de Gijón en otro tiempo  
con su presencia honraron este sitio;  
vos mismo les rogabais menos fiero  
viniesen a palacio; hoy, orgulloso, 265  
su entrada les negáis. Pues ¿qué misterios  
anuncia esta mudanza? ¿Qué, negarNos  
queréis una fortuna que violento  
quizá usurpáis vos mismo? ¿Habéis pensado  
disfrutar sin testigos el supremo 270  
honor de acompañar a esta princesa?  
Y sus fieles paisanos, que su aspecto  
les consuela de pérdidas tan grandes,  
¿no podrán dedicarla algún obsequio?  
En fin, señor, ausente don Pelayo, 275  
¿quién tiene más legítimo derecho  
para velar sobre su suerte?

MUNUZA Basta,  
no puedo sufrir más. En este puesto  
ninguno debe osar reconvenirme  
sobre cuanto dispongo. A vos, al pueblo 280  
y aun al mismo Pelayo, mi voz sola  
puede dictarles leyes y preceptos.  
Yo soy aquí absoluto, y en mi mano  
se hallan reunidos los derechos  
de una entera conquista. 285

ROGUNDO ¿Y la conquista  
pudo adquiriros el poder violento  
de profanar los vínculos más santos?  
La fuerza y la invasión hicieron dueño  
de esta ciudad al moro; pero el moro  
contentó su ambición con el terreno, 290  
sin pasar a oprimir nuestro albedrío.  
¿Y vos queréis por un culpable exceso  
extender el arbitrio de la guerra  
hasta los corazones? Nuestros cuellos,  
nunca sujetos a un extraño yugo, 295  
¿se doblarán a vos? En fin, yo vengo

a que restituyáis a la princesa  
al seno de su casa. Después de esto  
yo no os disputaré las facultades,  
y cualquiera que sea el poder vuestro 300  
será para Rogundo en adelante  
del todo indiferente.

MUNUZA No gastemos  
en frívolas razones los instantes:  
retiraos al punto. Y os advierto  
que no saldrá Hormesinda de este sitio 305  
sin orden de Munuza. Idos, soberbio,  
y agradeced a su presencia amable  
que os dejo sin castigo.

HORMESINDA Yo no puedo  
sufrir tanto dolor.

ROGUNDO ¡Cruel! ¿Adónde  
aspiran vuestros pérfidos deseos? 310  
¡Hormesinda en poder del vil Munuza!  
¿Olvidáis vos mi sangre y mis derechos?  
¿Sabéis que soy el dueño de su mano?

MUNUZA Sólo sé que su mano es un supremo  
don que me ha reservado la fortuna. 315

ROGUNDO ¡Oh, gran Dios! ¿Qué es lo que oigo?

HORMESINDA ¡Santo cielo!  
¿Aun faltaba este colmo a mis angustias?  
¿Con que en fin vuestros bárbaros intentos  
están ya declarados?

MUNUZA Sí, señora,  
yo os descubrí mi amor, y a cualquier precio 320  
debo ser vuestro esposo. Los suspiros  
que os dediqué, los repetidos ruegos  
a que humilló el amor mis altiveces,  
hicieron más difícil el intento  
con vos y vuestro hermano. Este desaire 325  
no ha de sufrir Munuza, y pues los medios  
suaves y rendidos no han bastado,  
quiero ver si aprovechan los violentos.

ROGUNDO Pero, vil, los servicios de Pelayo,  
el honor de Hormesinda, mis derechos, 330  
¿todo será olvidado en un instante?  
Y cuando destinado a este gobierno  
debéis ser el custodio de sus leyes,  
¿infiel a la amistad y al deber vuestro  
seréis vos el primero que las viole? 335  
¿Por ventura ignoráis que soy el dueño  
de la adorable mano de Hormesinda?,  
¿que autoriza mi dicha el mismo cielo?,

¿que un tratado solemne confirmado  
en nuestros propios fueros...? 340

MUNUZA Vuestros fueros

yacen con sus autores en la tumba;  
los alegáis en vano. El sarraceno  
es hoy legislador, y en adelante  
no habrá en Gijón más ley que mis preceptos.

ROGUNDO En fin, ya el labio impío ha declarado 345  
todos vuestros sacrílegos intentos.

¿Pero esperáis que tan infame yugo  
podrá sufrir cobarde nuestro pueblo?  
¿Creéis que el infortunio ha desterrado  
la virtud y el honor de nuestros pechos?, 350

¿que el amor a la patria, afecto santo  
que dio siempre la ley en este suelo  
y cuyo ardor jamás habéis sentido,  
no nos podrá inflamar entre los hierros  
que infelizmente arrastra nuestro brazo? 355

¿Nos juzgáis tan cobardes? No, perverso,  
no creáis que en los pechos asturianos  
cabe tan vil flaqueza. Esos proyectos  
irritan demasiado su bravura;  
gloriaros no podréis en ningún tiempo 360  
de haberlos ultrajado impunemente.

Temed, traidor, que nuestro heroico esfuerzo  
castigue la perfidia y sus autores.

Temed por vos y vuestros compañeros,  
temed, en fin, que con el tiempo sea 365  
de nuestra libertad su sangre el precio.

(A HORMESINDA.)

Entretanto, señora, consolaos,  
y esperad de mi amor y mi despecho  
que os sabré defender, buscando siempre  
la venganza o la muerte. 370

MUNUZA Deteneos.

Los moradores de Gijón no ignoran  
cuánto vale mi voz, pero un ejemplo  
hará ver de una vez quién es Munuza.  
¡Hola, guardias!

Escena VI

KERIM, MUNUZA, HORMESINDA, ROGUNDO.

KERIM

Señor.

MUNUZA Escucha.  
HORMESINDA ¡Oh, cielos!  
¿Qué intentará el cruel? 375  
MUNUZA Aseguraos  
de Rogundo; llevadle con secreto  
al castillo y cuidad de su persona.  
HORMESINDA Señor...  
MUNUZA Llevadle al punto.  
ROGUNDO Ya comprendo  
cuál va a ser mi destino. Sin embargo,  
espero que la cólera del cielo, 380  
mirando tu crueldad y mi inocencia,  
volverá contra ti todo su ceño.  
Témelo, por lo menos, monstruo horrible.  
La dicha no es durable en los perversos.  
MUNUZA Retírate, infeliz, y no presumas 385  
que me irritan tus voces. Los dicterios  
suenan mal en la boca de un rendido.

## Escena VII

MUNUZA, HORMESINDA.

MUNUZA Señora, aprovechaos de este ejemplo:  
en él veréis la suerte que preparo  
al que resiste altivo mis proyectos. 390  
Idos a vuestro cuarto, y advertida  
de que muy luego un público himeneo  
nos debe unir; mi amor, aunque ofendido,  
os conservó hasta ahora los respetos  
que a vuestra edad y sexo se debían. 395  
Sin embargo, sabed que el mismo afecto  
que no cedió jamás a los desdenes,  
cederá aun a la sombra de los celos.  
HORMESINDA Vos seguiréis el rumbo que os agrade.  
Yo sé que mi opinión y mis alientos 400  
están por mi desgracia en vuestro arbitrio;  
mas no esperéis, señor, que el ardor vuestro  
sea nunca aceptado de Hormesinda.  
Firme siempre en su amor y sus intentos,  
a su obligación y a su decoro, 405  
jamás podrá aprobar vuestros deseos.  
Contra la persuasión y los suspiros  
se hallan tan prevenidos mis afectos  
que intentaréis en vano sorprenderme



por este rumbo. En fin, si fiero 410  
para rendirme usáis, como presumo,  
de un violento poder, el justo cielo,  
a cuya sombra la virtud respira,  
sabr  poner a vuestra audacia freno.

(Se van HORMESINDA e INGUNDA.)

Escena VIII

MUNUZA, ACMETH.

MUNUZA Anda, mujer ingrata; esos rigores 415  
no podrán mitigar el vivo incendio  
que mantiene en mi pecho tu hermosura.  
Acmeth, t  ves cómo un rival soberbio  
me insulta, aun oprimido en las cadenas;  
que Hormesinda, a pesar del mismo sexo, 420  
inmóvil a la vista del peligro,  
descubre sin rebozo un odio eterno  
al enlace que fino la preparo...  
  Y yo no he de triunfar de su desprecio?  
 D bil esclavo de sus bellos ojos 425  
gemir  siempre en vergonzosos hierros  
mi triste corazón, sin que le obliguen  
un duro amor y unos amargos celos  
a romper o estrechar el fatal nudo?  
No puedo sufrir más. Yo me resuelvo 430  
a celebrar este funesto enlace:  
una vez declarado, a cualquier precio  
se deben sostener los intereses  
de mi amor y mi gloria. Parte al templo,  
haz que todo al momento se prepare 435  
para la ceremonia. Antes que el cielo  
se cubra con las sombras de la noche,  
quiero que se concluya este himeneo.  
Corre... Pero,  t  dudas...?  Qu  recelas?  
ACMETH Cuanto vos orden is en el momento 440  
correrá a ejecutar, pues sólo aspiro  
a serviros rendido; pero debo,  
señor, representaros que este golpe  
va a destruir los rápidos progresos  
que hicieron hasta aquí vuestras victorias. 445  
Vos no ignoráis que habitan este pueblo  
muchos bravos amigos de Rogundo,

que se van a irritar. El himeneo  
que os enlaza a la sangre de Pelayo,  
celebrado en Gijón por unos medios 450  
tan duros y violentos, es forzoso  
que mueva contra vos cuantos aceros  
manejan los feroces asturianos.  
Vos conocéis muy bien el ardimiento  
de estos fieros y altivos naturales. 455  
Criados en los montes, sus recreos  
fueron siempre la lucha y los combates,  
aun los brutos, señor, no están exentos  
del golpe de sus mazas y sus chuzos;  
y aunque pocos sabrán a vuestro intento 460  
oponer una fuerza irresistible,  
nos hallamos sin gente; está muy lejos  
quien nos pueda ayudar, y sobre todo  
nuestra causa es injusta, cuando ellos,  
llevando la razón en favor suyo, 465  
lidarán arrestados por sus fueros,  
su libertad, su honor y sus hogares.  
Señor, dejad que el disimulo, el ruego  
y el tiempo mismo ablanden a Hormesinda.  
Presentadle las glorias del gobierno 470  
con mano menos dura, y ofrecedle  
un amor más sufrido. El rendimiento  
y la ambición podrán al fin vencerla,  
y cuando no, señor, vuestros deseos  
tienen siempre un recurso a la violencia. 475  
Sufrid, pues.

MUNUZA                      ¿Y entre tanto seré objeto  
del bárbaro desprecio de una ingrata?  
¿La veré siempre sorda a mis requiebros,  
mientras su amante en la prisión me insulta?  
Y cuando sufro en mi abrasado pecho 480  
un infierno de celos y de ansias,  
¿queréis que el disimulo y que los ruegos  
me expongan cruelmente a otros desaires?  
No, Acmeth. Los males graves y violentos  
no se pueden templar con lenitivos; 485  
vea Gijón la llama y el acero  
en mi mano, y aprenda a respetarme.  
No obstante, estimo tu rendido celo,  
y en prueba de que aprecio tus avisos  
no marcharé al altar sin que primero 490  
escuche mis razones Hormesinda.  
Parte, pues, y ejecuta lo que ordeno.

(Se va ACMETH.)

Escena IX

MUNUZA.

MUNUZA ¡Hormesinda cruel! En este instante,  
a pesar de tu odio y de mis celos,  
la apacible memoria de tus gracias 495  
inflama nuevamente mis deseos.  
¡Tú triunfas, inhumana! Pero teme  
de un amante celoso los extremos,  
la muerte de tu hermano y de tu amante,  
la ruina de tu patria; los funestos 500  
efectos de mi furia y mi cuchilla  
serán corta venganza de un desprecio.

Acto III

Escena I

MUNUZA, HORMESINDA.

MUNUZA Segunda vez mi enamorado pecho  
quiere, bella Hormesinda, repetiros  
las pruebas de su ardor y su fineza.  
Vos me habéis irritado y ofendido,  
pagando con desdenes mis bondades. 5  
Yo pudiera vengarme; en este sitio  
ninguno lo estorbara; vuestro hermano  
en un clima distante está tranquilo;  
suspira entre cadenas vuestro amante  
en lo interior del fuerte; sus amigos 10  
confiesan mi poder, y en Gijón nadie  
es capaz de oponerse a mis designios.  
Sin embargo, resuelvo perdonaros;  
yo os amo tiernamente, y este fino  
exceso de bondad lo persuade. 15  
Únicamente atento a vuestro hechizo,  
vos sola me ocupáis. Cuantos proyectos  
la ambición y el amor me han sugerido,  
todos han conspirado a vuestra gloria;

mis ideas promueve el cielo mismo, 20  
y la fortuna, la ocasión y el tiempo  
van de acuerdo con todos mis designios.  
Vos sabéis que los moros, ocupados  
en llevar el furor y el exterminio  
al fondo de las Galias, penetraron 25  
los Pirineos; que el furor activo  
de innumerables tropas sarracenas  
inunda aquel país; que divertido  
el africano en esta heroica empresa,  
abandona la España al desperdicio 30  
de las tropas, y en tanto que sus huestes  
asuelan la Gascuña, los castillos  
y las plazas de Asturias se confían  
a unos viles soldados, que vendidos  
con oro y con promesas, están prontos 35  
a seguir mi estandarte. En fin, yo aspiro  
a hacerme proclamar por rey de Asturias  
y a elevar mi fortuna y vuestro hechizo  
al trono de Gijón. Pero, no obstante,  
no creáis que el orgullo ha dirigido 40  
mis ideas y altivas ambiciones:  
sólo el amor constante que os dedico  
las pudo sugerir. ¡Qué dulce gozo  
inundará mi pecho, si consigo  
ceñiros en Gijón la real diadema, 45  
poniendo en vuestra frente el distinguido  
adorno, a que los cielos os destinan!  
De vuestra amable mano y vuestro arbitrio  
penderán desde hoy los intereses  
del español, los vuestros y los míos. 50  
Por paga de una oferta tan ilustre  
sólo exijo un pequeño sacrificio:  
olvidad a Rogundo. Él será siempre  
víctima de mis celos, y si digno  
se cree aún de vos y vuestra mano, 55  
sola esta presunción es un delito  
que le hará triste objeto de mi enojo.  
Él morirá celoso o preferido...  
¿Pero yo he de deber esta victoria  
a la venganza? Sé que a un rival digno 60  
no vence otro rival, aunque le oprima;  
sólo triunfa en amor el más querido,  
y yo espero que arranquen esta dicha  
de vuestra gratitud mis beneficios.  
HORMESINDA En vano lo esperáis. La fe obligada, 65  
la virtud, el honor y el cielo mismo

me mandan que no acepte vuestros dones;  
 el corazón los mira agradecido,  
 pero aquellos sagrados intereses  
 conducen ciegamente mi albedrío 70  
 al legítimo lecho de Rogundo.  
 El trono, vuestra mano y los partidos  
 que me acabáis de hacer, llegarán nunca  
 a vencer mi constancia; los estimo,  
 señor, y al mismo tiempo los renuncio. 75  
 Veo también que vuestros beneficios  
 me harían infeliz. En fin, ¿qué gloria  
 podrá adquirirme el trono conseguido  
 al precio de una infamia, si ceñida  
 del augusto diadema, entre sus brillos 80  
 se dejase observar todo el oprobio  
 de una alma infiel en mi semblante escrito?  
 La ambición vive siempre muy distante  
 de los pechos virtuosos, y así el mío,  
 bien lejos de aceptar un trono injusto, 85  
 irá a ofrecer contento en sacrificio  
 al templo del honor los dones vuestros.  
 Pero, ¿por qué os persuado, si vos mismo  
 quizá me hacéis justicia interiormente?  
 Vos conocéis muy bien que sólo sigo 90  
 las leyes del honor y la decencia.  
 ¿Y podré presumir que vuestro brío,  
 esclavo de un afecto pasajero,  
 que es hijo del acaso u del capricho,  
 las quiere atropellar indignamente? 95  
 Rogundo es ya mi esposo. Si los ritos  
 no han confirmado aÚn tan dulce nombre,  
 no por eso estará nuestro albedrío  
 más libre de las leyes que se ha impuesto.  
 Vos no las ignoráis, y yo confío 100  
 que sabréis respetarlas.

MUNUZA Y entretanto,  
 ¿queréis que de Munuza el nombre altivo  
 sea un objeto de burla al universo?  
 ¿Queréis que sobre el trono a que yo aspiro  
 oscurezca mis glorias el recuerdo 105  
 de un público desaire, repetido  
 por el mismo rumor que las divulgue?  
 ¿Queréis, en fin, que un pueblo que os ha visto  
 traer a mi palacio, y que conoce  
 mi amor, mis inquietudes y suspiros, 110  
 ose menospreciarme a vuestro ejemplo  
 y se oponga orgulloso a mis designios?

No, señora. Primero en su venganza  
será Munuza escándalo del siglo  
que se humille al extremo vergonzoso 115  
de apreciar un estorbo tan indigno.  
Rogundo morirá, y el mismo acero  
que corte su cerviz tendrá otro filo  
para romper, señora, el lazo odioso  
con que se unen el vuestro y su destino: 120  
tal debe ser su suerte si me ofende.  
Pero si él mismo os cede habré cumplido  
con el honor que me alegáis en vano.  
Para evitar el triste precipicio  
que preparo a sus locas esperanzas 125  
es forzoso que elija este camino.  
Y en fin, pues sus derechos nos estorban,  
que él venga y que decida por sí mismo  
de su suerte y la mía. Guardias, hola.

## Escena II

(KERIM entra, recibe el orden y se va con los soldados.)

Traed aquí a Rogundo del castillo. 130

## Escena III

(A HORMESINDA.)

Sus labios van a ser en este instante  
árbitros de su vida y su destino,  
y una palabra inclinará el decreto  
hacia su libertad o su castigo.

HORMESINDA Pero ¡cruel! Después de tantos males 135  
con que se halla mi pecho combatido,  
y cuando estoy cercada de aflicciones,  
¿me obligaréis también a ser testigo  
de esta prueba cruel? ¿Podré tranquila  
ver turbado a mi esposo e indeciso 140  
entre la muerte y el rubor? Dejadme  
a lo menos que huya de este sitio,  
donde va a ser mi mano desgraciada  
triste asunto de horrores y peligros.  
Permitid... (De rodillas.) 145

MUNUZA Deteneos.

HORMESINDA ¡Cielo santo!

Rogundo viene.

Escena IV

ROGUNDO                            ¡Oh Dios! ¿qué es lo que miro?

¡Así triunfa el traidor de la inocencia!

MUNUZA (A ROGUNDO.) Acercaos, señor; vuestro enemigo  
no ha resuelto del todo vuestra ruina.

Si queréis, aún os queda algún partido 150  
para salvar la vida; aprovechadle,  
y respetad la fuerza del destino.

ROGUNDO Para las almas nobles no es la vida  
el más sublime don. Son harto indignos  
los que al buen nombre y fama la prefieren. 155  
Creedlo así, y hablad.

MUNUZA                            De mi cariño  
bien podéis prometeros uno y otro.

Un próximo himeneo debe unirnos  
a mí y a la princesa. Ya están prontos  
el aparato, el templo y el ministro, 160  
y antes de mucho tiempo un lazo augusto  
del todo habrá enervado y destruido  
unos derechos que oponéis en vano;  
y pues debe la fuerza suprimirlos,  
creedme, y renunciadlos desde luego. 165

Sólo para esto os llamo. Si vencido  
a mi razón, cedéis el nombre inútil  
de esposo de Hormesinda, yo me olvido  
de todos mis disgustos; mas si acaso  
os empeñáis tenaz en producirnos 170  
un título ideal e imaginario...

Si opuesto nuevamente a mis designios,  
os obstináis en disputarme el logro  
de un corazón a quien mi fe dedico,  
temed... Pero no quiero recordaros 175  
hasta dónde pudiera, resentido,  
llevar mi justo enojo sus extremos.

Contemplad mi pasión para inferirlos.

ROGUNDO ¡Idea vil, proposición infame!

¡Ay, infeliz princesa! Ya el destino 180  
envidia nuestra dicha y la combate.

Munuza, en un discurso tan indigno  
ya no debo admirar vuestra malicia;  
este último rasgo dirigido  
a sobornar o amedrentar mi afecto, 185  
esa falsa bondad y ese artificio,  
son un objeto vil, pero forzoso,

de vuestra tiranía. Sólo admiro  
que el más sagaz de todos los tiranos,  
que el impostor más diestro haya querido 190  
fiar a una experiencia tan inútil  
el suceso de todos sus designios.  
Yo penetro hasta el fondo vuestras viles  
intenciones. Conozco que un suplicio  
será efecto fatal de mi respuesta. 195  
Pero, ¿cuándo han logrado los peligros  
turbar a un corazón enamorado?  
¡Ved si a vuestro furor cederá el mío  
unos derechos santos e inviolables,  
de que a mi vista os reputáis indigno! 200  
Dejo aparte los medios indecentes  
por que aspiráis, amante poco fino,  
a un sublime favor que se conquista  
sólo con rendimientos y suspiros.  
Dejo aparte también una promesa 205  
establecida sobre el nombre altivo  
del ilustre Pelayo, y confirmada  
con el voto común de los patricios  
de esta noble provincia. No recuerdo  
mis grandes ascendientes, confundidos 210  
en la real prosapia. Pero, cuando  
no tuviese mi amor estos precisos  
y sublimes apoyos de su parte,  
¿sería yo un amante tan indigno  
que abandonase el campo y la victoria 215  
a un rival orgulloso y mal nacido?  
¿Os podéis prometer de mi constancia  
una acción tan infame? No, yo estimo  
con demasiado ardor esa esperanza  
que os tiene tan celoso, y los castigos 220  
no me harán renunciarla en ningún tiempo.  
Sé que voy a morir; vuestro artificio  
para usurpar un pecho que idolatro  
me expone a dos mortales precipicios.  
Pero antes de feriar la amistad vuestra 225  
al precio de una infamia, determino  
comprar con una muerte heroica y grande  
la gloria de triunfar y resistiros.  
(A HORMESINDA.)  
Sí, señora, yo sé que la vil rabia  
inspira a los tiranos abatidos 230  
la venganza de todos sus desprecios.  
No es el que nos oprime más benigno,  
y sé que he de morir, pues le disgusto.



Pero, en fin, si yo muero honrado y digno  
de vuestro tierno amor, muero gustoso. 235  
¡Ojalá que la muerte y los suplicios  
hagan en vos eterna mi memoria!

HORMESINDA ¡Qué terrible dolor!

MUNUZA                                   ¿Habrá nacido  
hombre más insolente? ¿Conque, ingrato,  
no os basta despreciar con pecho altivo 240  
vuestra vida, mi gloria y mis favores,  
sino que osáis, soberbio y atrevido,  
insultar mi bondad? Y cuando puedo  
(A HORMESINDA.)

con sola una palabra destruirlo,  
cuando al favor de mi piedad respira, 245  
¿debo vivir expuesto a los indignos  
y groseros baldones del ingrato? (A KERIM.)  
Hola, que le preparen un suplicio.

HORMESINDA Bárbaro, ¿qué intentáis?

MUNUZA                                   Kerim, llevadle.

HORMESINDA (De rodillas.) Señor... 250

ROGUNDO (A HORMESINDA.) No le roguéis. Yo os lo suplico.

Dejadme ir a morir, que pues no puedo  
vivir en vuestros brazos, determino  
perpetuar con mi muerte el dulce nombre  
de esposo vuestro. (A MUNUZA.) Sí, cruel, sí, impío,

por más que suspiráis por esta dicha, 255  
no sabéis su valor ni sus hechizos,  
y vuestro corazón es muy pequeño  
para poder juzgar cuánto la estimo;  
pero venid a verlo en mi constancia:  
destrozadme, saciad vuestro apetito. 260

Hiere, cruel, embriágate en mi sangre,  
sea yo desde ahora objeto fijo  
de tu vil rabia; pero ten por cierto  
que a vista del horror de tus suplicios,  
cercado de las sombras de la muerte, 265  
lleno de sus angustias, y en el mismo  
umbral del hondo reino del espanto,  
se ocupará mi corazón tranquilo  
en la apacible y venturosa idea  
de un nombre tan augusto, nombre digno 270  
de conservarse al precio de mil vidas.

Título santo que el favor divino  
concedió a mis legítimos deseos,  
tú serás en el último conflicto  
mi gloria y mi consuelo. (A MUNUZA.) Sí, tirano, 275  
y será al mismo tiempo tu martirio.

Vamos, Kerim. (A HORMESINDA.) Adiós, infeliz dueño.

(HORMESINDA cae como desmayada en los brazos de INGUNDA. MUNUZA se arroja en un sitial que habrá prevenido a un lado del teatro; KERIM y la guardia conducen a ROGUNDO; al tiempo de salir entra ACMETH apresurado, los detiene, y va en busca de MUNUZA.)

MUNUZA ¡Qué osadía! No sé cómo reprimo mi cólera... (A KERIM.) Quitadle de mis ojos y que expire al momento en el suplicio. 280

#### Escena V

ACMETH (A KERIM.) Deteneos, señor. (A MUNUZA.) Señor.

MUNUZA ¿Qué es esto?

ACMETH Yo daba en este instante los precisos órdenes en el templo, cuando escucho por todas partes tumultuosos gritos de alegría. Pregunto, receloso, 285 cuál de esta conmoción es el motivo, y acabo de saber que cuando todos estaban en Gijón desprevenidos vieron llegar al duque de Cantabria.

MUNUZA ¿A Pelayo? 290

ROGUNDO ¡Oh, gran Dios!

HORMESINDA Cielo propicio, ¡en qué forzoso instante nos le vuelves!

MUNUZA Yo no sé dónde estoy... Un repentino furor... (Levantándose con susto.) ¡Ah, vil fortuna!

(A ACMETH.) Pero ¿adónde...?

ACMETH Luego que tuve tan extraño aviso me encaminé, señor, hasta su casa; 295 allí le pude ver entre el bullicio de inmensa gente que le rodeaba, y por no perder tiempo, hacia este sitio vuelvo...

MUNUZA ¡Qué triste acaso! (Volviendo a ACMETH.)

Escucha: al punto

haz que a Rogundo lleven al castillo 300 y a Hormesinda a su cuarto.

(MUNUZA se vuelve a arrojar en el sitial, donde guarda por un rato un profundo silencio. Entretanto KERIM entra por la puerta del castillo con ROGUNDO, y ACMETH por otra parte con HORMESINDA, y este último vuelve y se acerca a la silla con silencio, sin que MUNUZA repare en él.)

## Escena VI

En fin, Fortuna,  
tú has logrado abatirme. Tus caprichos  
han agotado toda mi constancia.  
¡Mujer inexorable! Fiero hechizo  
de un corazón que adora tus desdenes, 305  
yo cedo a tu rigor y a mi destino (Se levanta.)  
Pero, ¡cruel, el tuyo está en mi mano  
y me quiero vengar! (A ACMETH.) Querido amigo,  
tú ves las confusiones que me cercan;  
dirige mi razón, muestra un camino 310  
de mitigar mis ansias.

ACMETH                                      Sólo es tiempo,  
señor, de que penséis en preveniros  
para sufrir la vista de Pelayo.  
Él vendrá aquí quejoso y ofendido;  
vos le debéis templar y proponerle, 315  
antes que él os descubra, los designios  
que, una vez declarados, ya es forzoso  
sostener con vigor. Pero imagino  
que él se acerca a nosotros.

MUNUZA                                      Pues bien, marcha,  
y no te alejes. 320

## Escena VII

MUNUZA, PELAYO.

MUNUZA Bárbaro destino,  
tú me humillas aun al que aborrezco.  
(A PELAYO) En fin, señor, el cielo se ha movido  
a mis frecuentes ruegos, pues os trae  
tan presto a mi presencia. Los avisos  
que Suero en vuestro nombre me había dado 325  
suponen a Tarif muy indeciso  
sobre mis pretensiones.

PELAYO                                      Mis instancias  
y el amor que os profesa le han vencido.  
Mi celo, acelerando los tratados,  
los concluyó por fin, y con un vivo 330  
deseo de llegar... Pero, Munuza,  
perdonad si dilato el instruiros  
de vuestros intereses, y entretanto

que cesa mi zozobra, cuanto miro,  
cuanto escucho y advierto me sorprende. 335  
Arrestado Rogundo en el castillo,  
reclusa en el palacio la princesa,  
turbado vos, el pueblo conmovido,  
mudos y misteriosos los semblantes,  
todo me hace temer algún designio 340  
en que quizás se ofende mi decoro.  
A la verdad, después de mis servicios  
y pruebas de amistad, yo no debiera  
recelar que Munuza ha perseguido  
el honor puro de un amigo ausente; 345  
pero mil conjeturas, mil indicios  
me llenan de zozobras, y os acusan.  
MUNUZA Señor, pues me hacéis cargo de un delito,  
hijo de una sospecha, sin dar tiempo  
a que me justifique, ya es preciso 350  
enteraros de todos mis intentos;  
pero antes permitid a mi cariño  
que os recuerde las gracias singulares  
hechas a vuestra patria y a vos mismo.  
Cuando Asturias yacía sepultada 355  
debajo de sus ruinas, y el pie altivo  
del africano hollaba este terreno  
como su vencedor, los beneficios  
que repartió la diestra de Munuza  
templaron de un despótico dominio 360  
y un cautiverio el insufrible yugo;  
colocado en Gijón, a sus vecinos  
y a los próximos pueblos dicté leyes,  
no como sustituto de un altivo  
conquistador, sino como un patriota 365  
que sentía mirarlos oprimidos.  
La nobleza de España y de los godos,  
a quien la guerra retiró a estos riscos,  
halló bajo el amparo de Munuza  
un inviolable y natural asilo; 370  
vuestrós altares, leyes y costumbres  
tuvieron un pacífico ejercicio,  
y de esta capital los moradores  
lograron mi amistad. Muy buen testigo  
sois vos de la blandura de un gobierno 375  
que en mano menos suave hubiera sido  
un ejemplo quizás de las miserias  
que suelen oprimir a los vencidos.  
Pero nadie de todas mis bondades  
en este clima pareció más digno 380

que el hijo de Favila; a mi confianza  
os admití, tratándoos como amigo,  
y despreciando la razón de estado,  
que os hacía temible al berberisco;  
el presuntivo sucesor del trono 385  
que perdieron los godos, distinguido  
se vio con la privanza de Munuza.  
Para afianzar más bien nuestro cariño  
os pedí a vuestra hermana; mi ternura  
os creyó favorable a este designio. 390  
Sin desdeñar la súplica mi labio  
imploró vuestra alianza, y vuestro oído  
escuchó con asombro el ruego humilde  
del que era a pesar vuestro en este sitio  
árbitro soberano de las vidas; 395  
pero vos, inflexible, mis suspiros  
apreciasteis tan poco que un desaire  
selló vuestra respuesta. En los principios  
resolví con las armas en la mano  
vengarme de esta ofensa, y el castigo 400  
en el primer arranque de mi enojo  
igual con el agravio hubiera sido.  
Pero amor y amistad me contuvieron.  
Yo esperaba encontraros más propicio  
con el tiempo, y que fuese vuestra hermana 405  
menos fiera algún día a mis suspiros.  
¡Ah, cuánto me engañaba! ¡Cuán en vano  
luchaba con la fuerza del destino!  
¡Cuán sin fruto formaba un alto intento,  
cuya ruina trazaban mis amigos! 410  
En fin, para quitar todo recurso  
a mi ardiente esperanza, habéis querido  
acelerar la dicha de Rogundo.  
Mi fe vio con horror que en este sitio  
se iba a encender la antorcha de Himeneo; 415  
la amistad y el honor desatendidos  
me irritaron contra un odioso enlace,  
y disponiendo un desagravio digno  
de tan atroz ofensa cuando todos  
respetaban mi voz, ahora mismo 420  
Munuza va a ser dueño de Hormesinda.  
PELAYO ¿De mi hermana? ¡Gran Dios! ¿Qué me habéis dicho?  
¿Sois vos el que me habláis? ¿Estoy acaso  
soñando lo que escucho? ¡Intento impío,  
idea atroz, proyecto abominable! 425  
En fin, tu amistad falsa me ha vencido,  
tu vil labio confirma mis sospechas

y tu mismo rubor era un indicio  
de esta traición... Pero Rogundo acaso...  
MUNUZA Insolente Rogundo se ha atrevido 430  
a ultrajar mi respeto; ya le aguardan  
por paga de esta ofensa otros castigos;  
y pues debe morir, ninguna causa  
os debe hacer contrario a mis designios.

PELAYO Y qué, ¿no hay más estorbos que resistan 435  
vuestra ambiciosa idea? ¿Os creéis digno  
de que mi honor consienta en este enlace?  
¿Y os parece tan fácil que el sobrino  
del último rey goda, a cuyas sienes  
se debe la corona de Rodrigo, 440  
quiera entregar la mano de su hermana  
a un partidario infiel del berberisco?  
Sin duda el cielo próspero da vuelta  
para estorbar tan pérfido designio.  
Y en vano alegrarás en favor tuyo 445  
una falsa amistad, cuyos principios  
fueron el interés y la perfidia;  
amistad vergonzosa, que abomino,  
lejos de agradecerla...

MUNUZA Sin embargo,  
aún os es favorable, pues reprimo 450  
mis justas iras y sufro estos baldones.  
Vos estáis en Gijón, y yo me humillo  
a implorar nuevamente vuestro agrado.  
A esta atención me obliga mi cariño;  
pero advertid que sin el gusto vuestro 455  
puedo llevar a efecto mis designios  
y ponerlos con sola una palabra  
en situación de ser menos temido.  
No obstante, desde hoy los intereses  
de vuestra casa van a ser los míos, 460  
si aprobáis este enlace; y desde luego  
la corona de Asturias será digno  
adorno de las sienes de Hormesinda.  
Con mi amistad, mi alianza y mis auxilios  
podréis asegurar unos estados 465  
cuyo derecho está muy indeciso.  
Estas y otras brillantes esperanzas  
os pueden lisonjear, si más benigno  
mi súplica otorgáis. Pero si ingrato  
ajáis con un desaire repetido 470  
mi decoro, temed que a la blandura  
sucedan el estrago y los cuchillos.  
PELAYO Así vuestra política perversa

usa de los más viles artificios  
para lograr sus pérfidas ideas. 475  
Pero en vano intentáis a mi honor limpio  
poner ese borrón abominable.  
Pues, ¿qué, vos aspiráis desvanecido  
a usurpar de Gijón el cetro augusto?  
¿Esta nueva traición será un motivo 480  
que me obligue a cederos a mi hermana?  
Vos pretendéis por medio de un delito  
comprar una injusticia, y muy ufano  
me ofrecéis de Vizcaya el señorío  
para empeñarme en una acción infame. 485  
Tal es vuestra amistad, y estos designios  
sediciosos descubren su carácter.  
Poco contento con haber vendido  
la religión, las leyes y la patria  
al interés soez de ser caudillo 490  
de un ejército infiel, y muy soberbio  
con un poder infame, conseguido  
a fuerza de delitos y traiciones,  
queréis con este enlace esclarecido  
cubrir todo el oprobio que os humilla. 495  
Así las consecuencias de un delito  
son siempre otros delitos más odiosos;  
y así por la ancha senda de los vicios  
quien dejó a la virtud va deslumbrado,  
cayendo de un abismo en otro abismo. 500  
¿Hasta cuándo estaréis, oh Dios eterno,  
sordo al clamor, inmóvil al gemido  
de vuestro triste y humillado pueblo?  
Ved cómo contra él enfurecidos  
se elevan los tiranos. Pues, ¿qué, España 505  
no podrá sacudir el yugo indigno  
sin doblar la cerviz a otro más duro?  
No lo esperéis, traidor; entre estos riscos  
conserva nuestra patria muchos brazos  
que en este trance lucharán altivos 510  
hasta romper los vergonzosos hierros.  
Aún viven españoles; tiembla, impío;  
persiguiendo a mi ejemplo a sus tiranos,  
ellos sabrán matarlos, destruirlos.

(Se va PELAYO.)

Escena VIII

MUNUZA ¿Aún faltaba esta prueba a mi constancia? 515  
¡Con qué fiero tesón, astro enemigo,  
desconciertas y turbas mis proyectos!  
Pero el fatal influjo del destino,  
¿podrá más que mi rabia? Hola, soldados.

#### Escena IX

ACMETH Señor. 520

MUNUZA Querido Acmeth, yo estoy perdido;  
anda, busca a Pelayo, y con secreto  
procura asegurarle en el castillo;  
contigo irá mi guardia. (ACMETH se retira y vuelve.)  
Pero, escucha,  
este paso quizás será un motivo  
de sedición para los mal contentos; 525  
el golpe es arriesgado... Sí... Es preciso  
seguir un rumbo menos peligroso.  
Esto ha de ser. Ve al templo; que el ministro,  
la pompa y los altares estén prontos  
para esta noche. ¡Ingrato y fiero amigo! 530  
Mi intento y mi venganza están seguros.  
La esposa y el rival tengo a mi arbitrio:  
búrlate de mi alianza y mis favores,  
que yo haré que respetes mis designios.

#### Acto IV

#### Escena I

PELAYO, SUERO y algunos ciudadanos de Gijón. Noche.

PELAYO Suero, ¿qué me decís?

SUERO Que he registrado  
el palacio, y en él todos descansan.  
Acmeth se ha retirado en este instante  
del cuarto de Munuza con la guardia;  
Hormesinda también queda en el suyo. 5  
Yo la vi. que medrosa y asustada  
se acercó a preguntarme por su hermano.



Ella está inconsolable, y recelaba  
de la misma quietud de su enemigo  
alguna infiel resulta; pero, gracias 10  
al cielo, por ahora no hay sospecha  
que nos pueda asustar.

PELAYO   ;Oh, dulce patria!

¡Oh, amable libertad! En favor tuyo  
buscan la oscuridad las nobles almas.  
Ilustres caballeros, resto heroico 15  
de la temible y oprimida España,  
altivos corazones y briosos,  
que agobiados del peso de las armas,  
vecinos siempre al jabalí y al oso,  
conserváis vuestra hacienda y vuestras casas 20  
en la inculta aspereza de estos montes;  
vosotros, que debéis a vuestra espada  
la posesión de los paternos lares,  
la libertad, las leyes y las aras,  
y vosotros, en fin, cuyos abuelos 25  
jamás sintieron su cerviz doblada  
a un extranjero y usurpado yugo,  
vais a ver en un punto sepultadas  
vuestras glorias, a ser esclavos viles  
y a venerar las lunas africanas. 30  
El destino que hoy lloran las provincias  
que están al sur de Asturias retiradas  
va a ser el nuestro, y dentro de estos muros  
veréis que de repente se levanta  
un trono infiel a quien el asturiano 35  
inclina la rodilla. Con las armas  
del bárbaro agareno, a nuestros ojos  
un traidor a los cielos y a la patria,  
el perverso Munuza, va a mostrarse  
en Gijón como único monarca 40  
y a imponernos la ley, ensangrentando  
en nuestros cuellos su cobarde espada.  
La sangre ilustre de los reyes godos,  
que aún conservan las venas de mi hermana,  
los restos de una stirpe casi extinta, 45  
ya es un objeto a la ambición tirana  
del malvado opresor, y esta infelice,  
después de haberse visto atropellada  
por los viles ministros de un impío,  
se destina a ser víctima en las aras 50  
de su indecente amor, en menosprecio  
del legítimo esposo: oscura mancha,  
que no podrá borrarse en ningún tiempo.

Pero pluguiera a Dios que esta desgracia  
formase únicamente nuestro susto. 55  
Yo temo otras más graves, que mi alma,  
llena de un justo horror, presente y llora.  
¿Quién de vosotros puede tolerarlas?  
La descendencia de Ismael precita  
vendrá a reinar en la nación más santa, 60  
y a la torpeza vil de los sultanes  
las ilustres doncellas destinadas  
poblarán la clausura de un serrallo.  
Los jóvenes, honor de nuestra España,  
consumidos del llanto y las fatigas, 65  
fallecerán cautivos en su patria.  
Gemirá el tierno niño en las mazmorras,  
y en el común desorden aun las canas  
no podrán eximirnos del oprobio.  
¡Oh, inefable dolor! La augusta casa 70  
de Dios, do resonaban nuestros votos,  
será en mezquita impura transformada.  
Al sacerdote santo del Dios vivo  
el musulmán remplazará en las aras;  
y en fin, el Alcorán será bien presto 75  
fea sustitución de la ley santa.  
¡Oh, Dios, sólo este colmo de desdichas  
podrá fijar vuestra adorable saña!  
Tal es, bravos amigos, el destino  
que el pérfido Munuza nos prepara, 80  
y muy luego, sin un heroico esfuerzo,  
la tempestad horrible que amenaza  
va a descargar sobre vosotros mismos.  
Pero, ¿qué, en tan funestas circunstancias  
no habrá un noble recurso a las proezas 85  
del valor español? ¿Qué, vuestra fama  
se dejará manchar tranquilamente?  
Leed en sus anales que la espada  
de nuestros padres supo en otro tiempo  
asustar a las águilas romanas... 90  
Codiciosa, Cartago vuelve a Asturias,  
rompe este suelo y mira en sus entrañas  
el oro, por que en vano combatía...  
Sí, amigos valerosos, nuestra patria  
se debe restaurar a cualquier precio, 95  
y esta noble provincia, que en España  
fue la postrera en tolerar el yugo,  
la primera será que con las armas  
de sus fieros patricios le sacuda.  
El tiempo de una empresa tan bizarra 100

es el último instante del peligro;  
ya nos vemos en él, está cerrada  
la puerta a otros recursos. Uno solo  
tenemos, que es lidiar por nuestra patria,  
comprando con la vida que nos resta 105  
la muerte o la victoria.

SUERO    ¿Qué desgracias

podrían entibiar el amor santo  
que abriga nuestro pecho? Augusta España,  
¿quién podrá consentir en tu desdoro?  
Señor, creed que nuestra ardiente espada 110  
os seguirá hasta el borde del sepulcro;  
y pues cada uno de nosotros trata  
de conservar su honor y sus hogares,  
no habrá quien no derrame por la causa  
común toda la sangre de sus venas. 115  
Sin embargo, al presente es arriesgada  
cualquiera acción. Munuza a su albedrío  
dispone de las tropas. Esta plaza,  
por parte del poniente defendida  
de un gran fuerte, por otras rodeada 120  
del ancho mar, no tiene más salida  
que una muy peligrosa, y será vana  
cualquiera tentativa, si el auxilio  
de los vecinos pueblos no separa  
este estorbo fatal. Quizá sería 125  
nuestra empresa, señor, más acertada  
si, tomando algún tiempo, se avisase  
a los nobles dispersos que se hallan  
en lo interior de la provincia.

PELAYO    Amigo,

cuando el riesgo es urgente, la tardanza 130  
y lentitud destruyen las empresas.  
A la nuestra, movida por la causa  
del cielo y del honor, ningún peligro  
debe servir de estorbo; nuestras armas,  
aunque son hoy en número inferiores, 135  
crecerán por momentos. Las quebradas  
rocas de esta provincia son asilo  
de muchos combatientes que la saña  
del vencedor evitan en sus grutas  
y al más leve rumor de las espadas 140  
correrán a engrosar nuestras legiones.  
¡Cuántos también en lo interior de España  
gimen en un preciso cautiverio,  
que vendrán a alistarse a esta comarca  
bajo nuestro estandarte tremolado! 145

Y ¿qué tropas, en fin, qué heroicas armas  
opondrán a las nuestras los traidores?  
El ejército infiel se ocupa en Francia  
en derribar los tronos que los godos  
tienen allí erigidos; y las plazas 150  
de Asturias, de León y de Galicia,  
se rinden hoy a una porción escasa  
de soldados alarbes que las cercan.  
Ánimo, pues, amigos; nuestra patria  
va a deber al valor de vuestro brazo 155  
su libertad. ¡Qué gloria tan hidalga  
para un patriota fiel!

SUERO Señor, tus voces  
nuestra razón y nuestro pecho inflaman:  
la inquietud que advertís es una seña  
del asenso común, y nuestra espada 160  
estará pronta a herir en el momento  
que vos habléis; pero esta acción bizarra  
necesita un caudillo. Y pues el cielo  
conserva en vos la esclarecida rama  
de nuestros reyes, sedlo desde ahora; 165  
y entretanto que Asturias, ayudada  
de sus nobles, sobre un luciente escudo  
levanta en vos a su primer monarca,  
dignaos de aprobar nuestros deseos.

PELAYO Mi amistad los acepta. 170

SUERO Ya está echada  
la suerte; hablad, señor.

PELAYO Vamos al punto  
a disponer el modo, y pues la saña  
del opresor encierra en el castillo  
a muchos de los nuestros, cuya espada  
lidiará a nuestro lado, en socorrerlos 175  
pensemos desde luego. (A SUERO) Tú repara  
en tanto las ideas de Munuza,  
y pues no le eres sospechoso, guarda  
con él una discreta indiferencia;  
quizá esta precaución es necesaria, 180  
y en cualquier contratiempo nos conviene  
penetrar sus ardides y sus trazas.  
Idos. Al punto os sigo. Quiera el cielo  
volver por nuestro honor y el de su causa.

(Se van todos menos PELAYO.)

Escena II

PELAYO Grandes e ilustres manes de los héroes 185

que oprimieron las furias africanas,  
triste sombra del mísero Rodrigo,  
augusta religión, promesas santas,  
ya ha llegado por fin aquel momento  
en que deben los filos de esta espada 190  
castigar tanto ultraje padecido.

Con la sangre de Agar, que nuestras lanzas  
van a extraer de los traidores pechos,  
se lavará tu afrenta, oh dulce patria.

Y tú, noble inquietud de los mortales, 195  
tú, amable pundonor, ven y embriaga  
nuestro fiel corazón con tus dulzuras,  
infunde un santo ardor en nuestras almas.

Pero, ¿quién a esta hora? ¡Oh Dios! Munuza.  
(Se va.)

### Escena III

MUNUZA, ACMETH, GUARDIAS con hachas a lo lejos.

ACMETH Ya está la ceremonia preparada 200

con el mayor secreto. El sacerdote  
mismo ignora el motivo, y de esta rara  
resolución ninguno se ha instruido.

Sin embargo, la creo algo arriesgada:  
pocas horas habrá que vi a Pelayo 205  
profundamente triste. Si le ultrajas,  
se ofenden sus amigos; de una afrenta  
nace una sedición, y ésta quebranta  
los nudos de la paz. También se ha dicho  
que Pelayo esta tarde convocaba 210  
los nobles de Gijón... En fin... Yo dudo...

MUNUZA Nada dudes, Acmeth, ni temas nada:

yo voy a acelerar este himeneo,  
y una vez concluido con su hermana,  
será en él necesario el sufrimiento; 215  
tal hay que corre ciego a la venganza  
de un agravio, y al fin no la consuma;  
el tiempo, el ruego y la razón le aplacan.

Pero acaso Pelayo o sus amigos,  
¿osarán oponer su fuerza flaca 220  
contra el único dueño de sus vidas?  
Acmeth, todo promete a mi esperanza



alguna voz que apruebe de esta llama 260  
el invencible ardor? ¡Cruel! ¿Vos misma  
os obstináis en irritar mi saña?  
¿Y sólo mis crueldades son objeto  
de vuestro injusto ruego? ¡Quién pensara  
hallaros insensible a los halagos 265  
del trono y a la gloria soberana  
de dar la ley sobre el paterno solio  
y de enjugar los llantos de la patria,  
reinando en el afecto de Munuza!  
Pero, ¿qué, os lisonjeáis que más templada 270  
mi violenta pasión...? No, yo no puedo  
resolverme a perderos... Ni mi alma  
podrá sufrir tan vergonzosa idea.  
En este caso, el odio y la venganza  
armarían mi brazo poderoso 275  
contra un rival que logra vuestras ansias  
y contra un falso amigo, cuya sangre,  
de Munuza hasta ahora idolatrada,  
la verterá Munuza a vuestros ojos,  
si le creéis indigno de lograrla. 280  
El amor la hizo objeto de mis ruegos,  
el odio la hará el blanco de mi rabia:  
sobre las ruinas del augusto trono  
a que quise elevaros, la venganza  
irá hacinando estragos y trofeos; 285  
y en el torrente inmenso de mi saña  
los restos infelices de una estirpe  
que hoy respeta mi brazo serán gradas  
por donde suba al soberano solio.  
Pero, ¡ay, de qué me sirve esta esperanza, 290  
si yo os pierdo, cruel! Entre mis glorias,  
si vos no las hacéis dulces y gratas,  
¿hallaré más que horror y desconsuelo?  
No. Vos me ayudaréis a disfrutarlas  
con vuestra mano. En fin, yo estoy resuelto, 295  
el altar está pronto, preparada  
la nupcial pompa y el ministro espera.  
Sea, pues, vuestra mano ilustre paga  
de mi pasión; venid conmigo al templo,  
y lo que está en arbitrio de mi saña 300  
concededlo al amor y a la ternura.

HORMESINDA ¡Cuán en vano esperáis que mi constancia  
ceda a vuestro furor, y cuán en vano  
pretendéis que, cobarde y asustada,  
deje la senda en que el honor me puso! 305  
El cielo, enternecido a mis instancias,

me va a hacer superior a vuestra furia;  
vos ponéis a mis ojos la venganza,  
su horror y sus ultrajes. Yo estoy viendo  
muerto a Rogundo, y que en su pecho rasga 310  
una mano cruel mi triste imagen;  
sepultado mi hermano entre las altas  
ruinas del imperio de sus padres,  
me hace estremecer. Miro en las aras  
arder cobarde el religioso fuego. 315  
Desde el altar con mano ensangrentada  
me ofrece una corona la injusticia...  
¡Qué de engaños, oh Dios! ¡Qué de asechanzas  
contra el honor de una infeliz doncella!  
Pero este mismo honor, que es la más santa 320  
de las obligaciones, el recuerdo  
de mi cuna, la fe de mi palabra,  
el amor, la virtud y el cielo, todo  
sostiene y fortalece mi constancia  
contra un amor cruel y artificioso. 325  
Cuando vos completéis vuestra venganza  
no estaré menos firme en mis intentos  
por mantener la fe de mi palabra  
y no violar un vínculo tan santo.  
Vos veréis que, llorosa y resignada, 330  
pierdo un hermano, pierdo un tierno esposo  
y pierdo ¡ay Dios! la siempre dulce patria.  
Después que esté desamparada y sola  
me arrastraréis con mano temeraria  
hasta el pie del altar; pero allí mismo 335  
renovaré mi amor y mi palabra  
al infeliz Rogundo, y pondré al cielo  
por testigo de vuestra injusta, osada  
y sacrílega acción. Sí, yo os lo juro,  
y no esperéis, cruel, que vuestra llama, 340  
el tálamo nupcial, ni los altares  
le puedan arrancar a mi constancia  
la más leve caricia. No. Munuza  
será un verdugo eterno de mi alma.  
MUNUZA ¡Oh Dios! Todos me insultan. ¡Yo no puedo 345  
vencer esta pasión! Mujer ingrata,  
yo os haré conocer... ¡Hola!, soldados.

Escena V

MUNUZA, HORMESINDA, KERIM, INGUNDA.



KERIM Señor.

MUNUZA Kerim, al punto con mi guardia  
lleva a Hormesinda al templo. Yo te sigo.

HORMESINDA Pero, cruel, no oís... 350

MUNUZA Kerim, llevadla.

Yo pretendo agotar, fiera enemiga,  
todo vuestro rigor.

HORMESINDA ¡Oh cielo!, ampara  
mi inocente virtud en este trance.

## Escena VI

MUNUZA.

MUNUZA (Solo.) No sé cómo es capaz la débil alma  
de una mujer de tanta resistencia. 355

¡Algún genio infernal en sus entrañas  
ha derramado el odio desabrido!

Todo el mundo me ofende. Todos tratan  
de abatir mi altivez... Un brazo oculto  
mi amor y mis proyectos desbarata. 360

¿Acaso el cielo injusto está de acuerdo  
con los que me abandonan? ¿Qué, su saña  
querría trastornar...? ¡Ah, qué martirio  
para un pecho amoroso ver frustradas  
tantas ideas dulces y halagüeñas! 365

Pero, ¿qué dudo? Amor, tu voz me llama  
a poseer las gracias de Hormesinda;  
tú mismo en los altares me preparas  
una dulce coyunda, que ella misma  
no podrá desatar. ¡Unión sagrada! 370

Tú no serás inútil. Son eternos  
los santos nudos hechos en las aras;  
no los puede romper un pecho indócil;  
pero, aunque lo pretendas, alma ingrata,  
¿qué me podrá importar, si te poseo, 375  
tu odio pertinaz? Fortuna, acaba

de coronar mis dichas. Yo desprecio  
un escrúpulo insano, que a mis ansias  
se pretende oponer. Turbe otros pechos  
el vil remordimiento, y el que afana 380  
por ascender al trono, que no escuche,  
importuna virtud, tus voces flacas.

Mas, ¿qué rumor se escucha tan extraño?



(MUNUZA se retira por el fondo del teatro y KERIM entra al castillo por la puerta que sale a la escena, dejando en ella alguno de sus soldados, y vuelve a entrar a darle aviso luego que SUERO y los demás parecen en el teatro con HORMESINDA e INGUNDA.)

#### Escena VIII

HORMESINDA, INGUNDA, SUERO y algunos españoles.

SUERO Señora, huid, buscad algún asilo.

Perdonad si no puede nuestra espada  
daros otro socorro. Nuestro jefe  
peligra, y en su vida soberana 420  
tiene la patria su mayor apoyo.

Retiraos.

HORMESINDA            ¡Oh, Suero! ¿qué, me encargas  
que me retire? ¿Quieres que Hormesinda  
sobreviva a la ruina de su patria?

SUERO ¿Y os queréis quedar sola? ¿Estar expuesta 425  
a la furia...?

(KERIM vuelve a salir por la puerta del castillo.)

#### Escena IX

KERIM, los centinelas y los dichos.

KERIM            ¡Ah, traidores!

SUERO                            ¡Qué desgracia!

Señora, huid.

KERIM            Dejad a la princesa,  
alevosos.

SUERO            Primero, vil canalla  
perderemos la vida en su defensa.

(SUERO y los suyos entran por el centro del teatro acuchillando a los moros.)

#### Escena X

HORMESINDA, INGUNDA.

INGUNDA Venid, señora, huyamos; mis pisadas 430  
os guiarán a algún asilo oculto.

No expongáis vuestra vida desdichada  
al furor de unas tropas que nos buscan.  
El hondo mar, las cóncavas montañas  
resuenan con los gritos de los nuestros. 435  
Lejos de este terreno, do las armas  
van sembrando la muerte y los horrores,  
la paz y los consuelos nos aguardan.  
Corramos a implorarla.

HORMESINDA ¡Oh, cielo! ¿Dónde

podrán huir dos vidas desdichadas, 440  
que vos abandonáis? ¡Ah!, vuestro ceño,  
vuestro ceño descarga hoy sobre España  
los últimos y más violentos golpes.  
Munuza triunfa y su funesta rabia...  
¿Munuza triunfa? ¡Oh, Dios! ¿Y qué destino 445  
será el tuyo, mujer desventurada?

Tú vas a estar sobre el sangriento trono,  
hecha el objeto de una torpe llama,  
cercada de enemigos y de angustias.  
Cuando lloren tus ojos la desgracia 450  
de tu familia, el odio insaciable  
traerá a tu presencia sepultadas  
en horror y ceniza las ruínas,  
las tristes ruinas de la augusta España.  
El esposo.... el hermano.... tus apoyos, 455  
víctimas de la furia sanguinaria  
del opresor..., sobre sus tristes cuellos  
pronta a herir la funesta cimitarra...

Llévame a su presencia, tierna Ingunda,  
que nos una el tirano en la desgracia. 460  
Y vos, gran Dios, que desde el alto trono  
miráis tranquilo la aflicción de España  
y la desolación de vuestro pueblo;  
vos, cuya voz decide las batallas,  
forma, ensalza y arruina los imperios, 465  
¿queréis que el desenfreno y la ignorancia  
profanen vuestra herencia y vuestro nombre?  
Enviad, Señor, sobre la vil canalla  
un ángel destructor que la extermine;  
enviad un vengador de vuestra causa; 470  
ved que sin este auxilio perecemos.

Que venga, que socorra nuestras armas,  
que arranque la victoria a los infieles,  
que los confunda, y triunfe la Ley santa.

Acto V

Escena I

SUERO y algunos ciudadanos de Gijón salen por la puerta de la marina y se encaminan al castillo.

SUERO ¡Qué horror, oh santo Dios! De vuestra ira los efectos se ven en todas partes.

La sangre corre y sobre nuestros muros la muerte ha desplegado su estandarte.

Pelayo, nuestro apoyo, está en peligro. 5

¿Quién de vosotros, quién en este trance no arriesgará la vida en su defensa?

Si un oportuno esfuerzo no sustrae su persona del riesgo, nos perdemos.

Oprimidos los nuestros, todo el aire 10 pueblan de tristes y llorosos gritos, y un eco pavoroso por los mares va esparciendo el clamor de la venganza.

La victoria, que estuvo vacilante hasta ahora, se inclina a los infieles, 15 y ya el león de nuestros estandartes se humilla ante las colas africanas.

Pero permite el cielo favorable que aún nos quede un recurso: este castillo, que es al presente pavorosa cárcel 20 donde el valor de Asturias desfallece y donde arrastra una cadena infame la nobleza española, se ha quedado sin centinela alguna; en el combate siguen todos las huellas de Munuza. 25

Corramos, pues, a socorrer leales a nuestros compañeros, franqueando una salida al mar por la otra parte, que corresponde al muelle... Mas, ¿qué veo?

(KERIM y algunos moros atravesarán el fondo de la escena persiguiendo a los cristianos.)

Los nuestros se retiran, y en su alcance 30 corren enardecidos los moriscos.

Amigos, al castillo, antes que acabe de hacemos infelices la victoria.

(SUERO y los suyos entran al castillo y después se presenta PELAYO prisionero y ACMETH.)

## Escena II

ACMETH Sosegaos, señor, y perdonadme  
si serví de instrumento a vuestra ruina. 35  
Yo venero a mi rey en su estandarte.  
Munuza es quien le rige y le obedezco.  
Sin embargo, no miro vuestros males  
con ánimo tranquilo. Vuestro brío,  
siempre, a pesar del riesgo, incontrastable, 40  
os ha hecho acreedor a nuestra envidia  
y nuestra compasión.

PELAYO El inconstante  
capricho de la suerte eleva un día  
lo que al siguiente sin razón abate;  
un corazón constante nunca debe 45  
ceder a estas mudanzas; los cobardes  
se humillan al destino, pero el héroe  
sufre inmóvil su halago y sus embates.

ACMETH Ve aquí de la virtud el puro idioma.  
¡Oh altivos españoles! ¡Oh almas grandes! 50  
¿De qué te sirve el brío y la bravura,  
tostado berberisco, si un desastre  
lleva el desmayo al fondo de tu pecho?

PELAYO (Mirando al fuerte y a la ciudad.)

Alto muro, testigo respetable  
del antiguo valor de los astures, 55  
llora nuestra desgracia; las edades  
futuras en tus altos torreones  
verán luego un padrón abominable  
que publique y extienda nuestro oprobio  
a la posteridad; el más brillante 60  
blasón de tu grandeza, Gigia ilustre,  
se ha convertido en vergonzosa cárcel.  
¡Oh voluble fortuna! ¡Oh tristes tiempos!  
Hormesinda... (Viéndola.) Munuza... ¡Ah, cuántos males  
nos van a resultar de esta victoria! 65

## Escena III

MUNUZA, HORMESINDA y los dichos.

HORMESINDA (Viendo a su hermano.) ¡Pelayo! ¡Cruel momento!

MUNUZA (A PELAYO con falsedad.) ¡Qué agradables  
objetos me presentas, oh fortuna!

Acercas, señor, felicitadme,  
pues logro una victoria tan completa.

(Se retiran las hachas.)

Este día que empieza ya a anunciarse 70  
con luz serena, aplaude mi ventura,  
y el astro que le rige favorable  
va a mostrarme en la cumbre de la gloria.  
Ya vos no pensaréis en disputarle  
a Munuza ninguna de sus dichas, 75  
y pronta vuestra hermana a que se acaben  
todas mis inquietudes, con su mano  
honraré de mis triunfos el más grande:  
así mi amor lo espera.

PELAYO En fin, tú triunfas,  
inhumano me insultas y me abates; 80

fascinados tus ojos, no conocen  
que la fortuna adula tus maldades  
con un honor fugaz y lisonjero.  
Tú no temes al cielo, y esas frases  
con que insultas la suerte de un rendido, 85  
de tu pecho descubren el carácter.

Pero, vil, mi virtud, aunque oprimida,  
sabrás arrostrar tus furias y tus artes.

MUNUZA Tú me hablas de virtud y sin embargo  
supiste conspirar. 90

PELAYO El que combate  
por defender sus leyes y sus aras  
conspira noblemente. Tus crueldades  
han hecho justa y santa nuestra empresa,  
y si no hubiese el cielo formidable  
lidiado en favor tuyo, ya estaría 95  
libre el mundo de un monstruo tan infame.

MUNUZA No obstante, se ha dignado el mismo cielo  
de proteger al monstruo que tú abates.

Reconoce, orgulloso, en estos golpes  
las señas de su ira respetable. 100

Tú me llenas de injurias y baldones.  
Pero, dime, insolente, ¿qué maldades  
distinguen el gobierno de Munuza?  
Si España está oprimida, los culpables  
delitos de sus reyes con el cielo 105  
su grandeza arrastraron al desastre.  
Hecho el moro señor de todo el reino

por vía de conquista, su estandarte  
se fió a la conducta de mi brazo,  
y no quise oponer un insultante 110  
desprecio a esta confianza, y como suele  
doblar la frágil caña a los embates  
del recio vendaval su dócil cuello,  
mientras un soplo asolador deshace  
toda la pompa del robusto roble, 115  
cedí yo a la invasión de los alarbes,  
pero fue por comprar con mis servicios  
la salud de la patria; mis bondades  
y la paz que ha reinado en estos muros  
fueron un fruto ilustre de la infame 120  
conducta que envilece tu osadía.  
Tú lo sabes, infiel, tú disfrutaste  
la mitad de mi gloria y mis derechos.  
Tu engañosa amistad pudo inspirarme  
el funesto deseo de una alianza 125  
que ahora con orgullo insoportable  
desdeña tu altivez; y después de esto,  
¿querrías que Munuza abandonase  
una idea tan justa y ya explicada?  
¿Podiera yo sufrir que en los altares, 130  
posponiendo mi amor y mis deseos,  
otros menos ilustres se aceptasen?  
¿Podiera ver que tú, sin mi noticia  
y a mis ojos formabas otro enlace,  
(Señala a **HORMESINDA**.)  
disponiendo de aquella ilustre mano, 135  
sin que este atroz desprecio me excitase  
a defender mi honor y mis derechos?  
Demasiado seguí la voz culpable  
de una infiel amistad, y yo debiera,  
sin escuchar sus gritos, gloriarme 140  
de que puedo vengarme y oprimirte...  
Sí, yo puedo oprimirte... Pero aún laten  
en mi seno los plácidos impulsos  
de una misma amistad, y más constante,  
cuanto tú más ingrato y más rebelde, 145  
mueve con fuerza oculta mis piedades...  
Por última razón, yo voy al templo  
a confirmar mi dicha en los altares;  
ya todo se me humilla y nadie puede  
oponerse a la gloria de este enlace. 150  
Si vos le autorizáis, todo lo olvido,  
y esta última prueba, que negarle  
no debéis a un amigo que os perdona,



sellará mi fortuna y nuestras paces.  
PELAYO No lo esperéis, Munuza; muy en vano 155  
renováis un proyecto abominable,  
que oiré con horror mientras respire.  
Yo no quiero admitiros a un enlace  
cuyo recuerdo en los futuros siglos  
haría mi memoria abominable. 160  
Ni quiero que se diga en tiempo alguno  
que aquel mismo Pelayo que constante  
supo burlar las furias de Munuza,  
fue a vista del suplicio tan cobarde,  
que, manchando la gloria de su cuna, 165  
mezcló a la de un traidor su ilustre sangre.  
Tú me llamas ingrato; pero ahora  
veo cuál era el fin de unas bondades  
que yo no he pretendido y fueron hijas  
de tu ambición perversa e insaciable. 170  
Ella sólo ha regido tus acciones,  
no el amor de la patria, cuyos males  
son hoy de tu perfidia triste efecto;  
unido estrechamente a los cobardes  
hijos e imitadores de Witiza, 175  
y hecho parcial de la facción infame  
del falso don Julián y el traidor Opas,  
fuiste de los primeros que al turbante  
ofrecieron sus cultos en España.  
Tú con estos rebeldes convocaste 180  
a los feroces pueblos que habitaban  
la inculta Berbería, y su estandarte,  
junto al de los facciosos, en tu mano  
fue susto, fue terror de los leales.  
La destrucción, la muerte y los estragos 185  
que lamenta tu patria, tanta sangre  
vertida cruelmente en este sitio,  
tantas víctimas tristes, cuyos manes  
piden sobre estos muros la venganza,  
son de tus intenciones execrables 190  
eternos y funestos testimonios.  
¡Y no tienes rubor de recordarme  
los servicios que España te ha debido!  
Tú, cuya autoridad es el infame  
precio de la perfidia y las traiciones, 195  
tú, que aún estás sediento de la sangre  
de tus conciudadanos, ¿y tú quieres  
que Pelayo consienta en un enlace  
que manche eternamente su memoria?  
No.... no..., lejos de serte favorable, 200

rindo gracias al cielo, que propicio  
en el último extremo de los males  
me reserva el arbitrio de abatirte  
con la vergüenza de un atroz desaire.

MUNUZA Tú no tendrás, traidor, por mucho tiempo 205  
tan bárbaro consuelo; los altares  
van a ser los garantes de mi dicha,  
y tú vas a morir. Tiembla, cobarde.  
Una muerte afrentosa será el fruto  
de tus baldones. 210

PELAYO Sóló al que es culpable  
debe asustar la muerte; el varón justo  
la espera sin mudanza en el semblante.  
Tú debieras más bien estremecerte,  
contemplando la suerte miserable  
que va a llenar tus días. Rodeado 215  
de amigos lisonjeros, inconstante  
en todos tus designios, receloso,  
hecho el horror de todos los mortales  
y entregado al voraz remordimiento,  
vas a vivir inquieto, inconsolable, 220  
aborrecido y lleno de aflicciones  
sobre el injusto trono. En tus umbrales,  
y hasta en el fondo oscuro de tu pecho,  
continuamente asistirá la imagen  
de la pálida muerte. Su presencia 225  
vendrá a llenar de acíbar tus manjares,  
tu lecho de inquietudes y de sustos;  
y tu aprensión de los eternos males,  
a que debe su brazo conducirte,  
todo te dará horror; a todas partes 230  
te seguirá mi sombra. Y en fin, siempre  
llevarás arrastrando en ese infame  
corazón, tu verdugo y tu suplicio.  
Triunfa, pues, inhumano, triunfa, aplaude  
tu dicha y mi infortunio, que algún día 235  
pondrá límite el cielo a tus maldades.

MUNUZA Baste ya de delirios. Profetiza,  
hombre iluso, si quieres, mis desastres;  
pero corre a sufrir los que merece  
tu ciega obstinación. 240

(Hace seña a ACMETH de que se acerque.)

HORMESINDA ¡Oh duro trance!  
¡Oh conflicto terrible y doloroso!

MUNUZA Acmeth.

ACMETH Señor.

MUNUZA Haced que en el instante

se conduzca a Pelayo al más oscuro  
calabozo del fuerte; que se arme  
entretanto un suplicio en esta plaza; 245  
marcha después al templo, y mientras arde  
sobre el altar el nupcial incienso,  
que muera el que se atreve a despreciarme.

HORMESINDA Pero, bárbaro, dime...

MUNUZA Nada escucho.

Que se cumpla mi orden al instante. 250

PELAYO Sí... Yo voy a morir... Recibe, oh cielo  
en sacrificio mi inocente sangre.

¡Ah!, pueda ella expiar todas las culpas  
que irritan vuestro ceño... En este trance  
recuerda, hermana tierna, tus abuelos, 255  
tus leyes y tu honor...

MUNUZA Acmeth, llevadle,  
y haced que me reserven su cabeza.

Ella será, traidor (A PELAYO.), en mis umbrales  
horroroso espectáculo que asuste  
a tus imitadores. 260

(ACMETH introduce a PELAYO en el castillo por la puerta que cae a la escena.)

#### Escena IV

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA.

MUNUZA (A HORMESINDA.) Los altares  
están prontos, venid; la resistencia  
os será muy inútil, porque nadie  
os puede defender.

HORMESINDA ¡Oh monstruo impío!

¡Hombre el más vil de todos los mortales,  
asombro, horror y afrenta de tu siglo! 265

¿Qué espíritu infernal contra la sangre  
más ilustre conmueve tus entrañas?

¿Qué furia vierte en ese pecho infame  
la rabia pertinaz con que persigues  
a una raza inocente? ¿Te persuades 270

a que podrá forzarme tu fiereza  
a recibir en un funesto enlace  
esa mano cruel, mano asesina,  
que va a teñirse en la inocente sangre  
del infeliz Pelayo? No, no quiero 275

unirme con un monstruo; los altares  
serán sólo testigos de mi odio...  
Pero si acaso en este mismo instante,  
víctima del furor de tus ministros,  
la vida de mi hermano... Si su sangre 280  
está pronta a correr... Estoy mirando  
el sacrílego acero sepultarse  
en su cuello... ¡Qué horror! Yo me estremezco.  
Ahora mismo un brazo formidable...  
¡Cruel, suspende el orden inhumano...! 285  
(A MUNUZA como fuera de sí.)  
¿No escuchas los gemidos lamentables  
que se oyen en el centro de la tierra?  
¡Oh Dios, del hueco de las tumbas salen  
las sombras de los que has asesinado!  
Yo las oigo... Las veo... Mira, infame, 290  
en las trémulas manos los cuchillos,  
que están aún teñidos en su sangre;  
sobre ti abren las oscuras bocas  
y, fijando en tus manos criminales  
la vengativa y macilenta vista, 295  
corren despavoridas a buscarte;  
todas ya te rodean... En tu seno  
van a clavar rabiosas los puñales.  
Huye, bárbaro... ¡Oh Dios, de nuevo se oyen  
los tristes alaridos...! ¡Duro trance! 300  
No puedo sostenerme, Ingunda.

(HORMESINDA cae desmayada en los brazos de INGUNDA, y a este tiempo sale  
ACMETH apresurado por la puerta del castillo, y MUNUZA asustado le sale al paso.)

Escena V

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA, ACMETH.

ACMETH Presto,  
señor.

MUNUZA ¿Qué es esto, amigo?

ACMETH Ahora salen  
todos los prisioneros del castillo.  
Mientras duraba el anterior combate  
todo el fuerte quedó sin centinelas, 305  
y aprovechando este feliz instante,  
el traidor Suero y otros violentaron  
las prisiones... Al punto los cobardes

corren y se apoderan de las armas;  
furioso Rogundo a todas partes 310  
lleva el horror, la muerte y el estrago.  
Apenas a su vista formidable  
se presentó Pelayo entre cadenas,  
cuando lleno de ira y de coraje  
se arroja entre las picas; hiere, mata, 315  
atropella, y bañado en nuestra sangre  
nos arranca la presa; el desdichado  
Kerim muere a sus manos; el combate  
prosigue sostenido por la guardia,  
cuyos cabos, valientes y leales, 320  
aumentan el destrozo. Pero todos  
los sediciosos lidian implacables,  
sin temor de la muerte, y los oprimen.  
Yo os vengo a suplicar que en este trance  
cuidéis de vuestra vida; de ella solo 325  
pende nuestra victoria, y si faltase,  
¿quién pudiera libramos de la rabia  
de un pueblo enfurecido?

MUNUZA   ¡Oh suerte instable,  
hado perverso! ¡En qué profundo abismo  
precipitas mi gloria en este instante! 330  
¿Que conserve la vida me aconsejas,  
y arriesgo la venganza? No, cobardes,  
yo no os veré triunfar...

ACMETH   Señor, ¿adónde  
corréis de esta manera?

MUNUZA   ¡Almas infames!  
Pues, ¿qué, podré sufrir que el vil Pelayo 335  
salve su odiosa vida, y sin vengarme  
volveré a estar expuesto a sus baldones?  
La muerte me será más tolerable  
que su infame presencia.

HORMESINDA   ¡Justo cielo!  
Yo empiezo a respirar, pero el combate 340

(Se oye ruido de armas.)

parece que de nuevo se ha encendido,  
crece el rumor y cada vez más grande  
se hace la confusión... ¡Ah, si los nuestros  
cansados...! Mas, ¿qué veo? ¡Oh, Dios afable!  
Protegedles. 345

Escena VI

PELAYO, algunos españoles y los dichos.

PELAYO                    La vida, amigos míos,  
no se debe apreciar en este instante;  
perdámosla en defensa de la patria.

(PELAYO y algunos de sus amigos saldrán por la puerta del castillo a la escena, retirándose de los moros y peleando al mismo tiempo.)

MUNUZA Acmeth, amigos, guardias; destrozadle.  
HORMESINDA Bárbaro, ¿dónde vais? ¡Ay, triste hermano!

(PELAYO pierde la espada y procura cobrarla, defendido de los suyos. MUNUZA corre hacia él con un puñal en la mano; en este tiempo se habrá descubierto ROGUNDO en el fondo de la escena, quien advirtiendo el peligro en que está PELAYO, corre a herir a MUNUZA; ACMETH, que advierte la acción de ROGUNDO, procura estorbarla para defender al tirano, de modo que interpuesto entre MUNUZA y PELAYO, defiende sin arbitrio la vida de éste y no la de MUNUZA, que cae herido por ROGUNDO.)

PELAYO Sin la espada ya es fuerza. 350

#### Escena VII

MUNUZA y ROGUNDO (Los dos a un tiempo.) Muere, infame.

(MUNUZA corre a PELAYO y ROGUNDO a MUNUZA.)

ACMETH y HORMESINDA (Los dos a un mismo tiempo.) ¿Qué haces, traidor?

(ACMETH queriendo estorbar a ROGUNDO, HORMESINDA a MUNUZA.)

MUNUZA                    ¡Ah, bárbaro, yo muero!

(MUNUZA cae en los brazos de ACMETH. PELAYO se asegura de HORMESINDA, y ROGUNDO, con los demás cristianos, sale persiguiendo a los moros.)

ROGUNDO Compañeros, seguid a estos cobardes,  
que el cielo nos protege.

#### Escena VIII

PELAYO, HORMESINDA, MUNUZA, ACMETH, INGUNDA.

PELAYO Reconoce,  
hombre cruel, en este horrible trance,  
el brazo poderoso que me venga 355  
y pone fin a todas tus maldades.

MUNUZA Tú has vencido, traidor. El cielo injusto  
sobre mí ha descargado en este instante  
los tormentos que yo te destinaba;  
yo pierdo un trono, pierdo un alto enlace 360  
y pierdo, en fin, mis grandes esperanzas;  
pero éste es el menor de mis pesares.

Tú vives, tú triunfas a mis ojos:  
yo muero desairado y sin vengarme,  
y esta idea, dos veces afrentosa, 365  
me aflige y atormenta en este trance  
aun más que las angustias que me cercan.  
¿Por qué, oh muerte, has querido arrebatarme  
la venganza más fiera y más gloriosa?

(A HORMESINDA)

Acércate, cruel, mira en mi sangre 370  
el fruto de mi amor y tus rigores.  
Querido Acmeth, yo muero sin premiarte;  
corre a excitar la ira de los tuyos,  
llévalos mi rencor... (A PELAYO.) Tiembla, cobarde,  
espera un fin igual al de Rodrigo. 375  
Ya mis fuerzas... Amigo, separadme  
de estos viles objetos que me cercan  
y llevadme a morir en otra parte.

(ACMETH se lleva a MUNUZA.)

Escena IX

PELAYO, HORMESINDA, INGUNDA.

PELAYO ¡Ay, hermana, de qué terrible riesgo  
nos ha librado el cielo favorable! 380

HORMESINDA A Suero y a Rogundo les debemos  
la vida y el honor. ¡Oh, tierno amante!  
Pero él se acerca.

Escena X

ROGUNDO y los dichos.

(A ROGUNDO.)

¡Oh dulce y fiel esposo!  
¿En fin puede mi afecto inalterable  
gozar de vuestra vida sin zozobra? 385  
Ya el tirano murió.

ROGUNDO                                   Tocó su infame  
corazón esta espada; mas la muerte  
fue justa recompensa de los males  
que ha causado a la patria y a nosotros.  
En fin, ya empieza España a recobrase 390  
de una injusta opresión. (A PELAYO.) Y vuestra vida,  
señor, es un anuncio el más constante  
de los triunfos que el cielo nos ofrece.

PELAYO Yo os la debo, señor, y en esta parte  
a vos también se deberá la gloria. 395  
Vamos, pues, a buscarla; vamos antes  
que puedan los contrarios rehacerse;  
huyamos de estos fúnebres parajes  
a buscar un asilo en las montañas.  
En su fragosa cima insuperables 400  
seremos al orgullo berberisco,  
y si entretanto llega algún instante  
de menos inquietud, agradecida  
dará Hormesinda a tan heroico amante  
la apetecida mano. (A SUERO, que sale.) ¡Tierno amigo, 405  
nuestro libertador! Corre a abrazarme.

Escena XI

SUERO y los dichos.

SUERO Ya todo está en quietud. Los agarenos,  
que huyeron asombrados del combate,  
van ya lejos del puerto; sus galeras  
les dieron un asilo, y los cobardes 410  
salvan, favorecidos de los remos,  
el resto de sus vidas execrables.  
Pero, señor, se sabe que Munuza  
para poder mejor asegurarse  
en sus viles ideas, ha pedido 415  
socorro a los soldados que se esparcen  
por las costas de Asturias y Vizcaya.  
Ellos vendrán sin duda a este paraje  
con el primer aviso, y pues nosotros



pudimos redimir de tantos males 420  
vuestra ilustre persona y nuestras vidas,  
vamos, aprovechando estos instantes,  
a buscar otro asilo más seguro,  
donde la libertad que aquí renace  
se afirme con acciones valerosas. 425  
HORMESINDA ¡Oh, feliz día! ¡Oh, día memorable!

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

